

Niños de Chile

NOSOTROS
LOS
CHILENOS

19



Colección: "NOSOTROS LOS CHILENOS"
Serie: HOY CONTAMOS

Niños de Chile

CECILIA URRUTIA

Estas son historias de niños. Niños que conocieron el dolor desde su nacimiento, niños que vivieron una infancia regalada; ricos o pobres, víctimas inocentes de las circunstancias en que les correspondió nacer. Niñas que soñaron ser princesas, niños creadores de locas aventuras, cabalgando en briosos corceles de escoba; pequeños seres encerrados en sus ilusiones, ansiosos de crecer, ignorantes de que su mundo fantástico será destrozado.

Niños mineros, niños campesinos, niños de la ciudad. De estos relatos, amargos o alegres, de la risa, del llanto, de los juegos, va emergiendo, como a retazos, la realidad del niño chileno desde el comienzo del siglo hasta nuestros días.





Capítulo

**NIÑOS
DE
ANTAÑO**

● *Hijo de un barrio bravo*

—Yo soy santiaguino, nacido y criado en el barrio bravo de San Pablo con Maipú, cerca de la Plaza del Roto Chileno. Para qué voy a decir una cosa por otra, me crié a pata pelada, como todos los niños de mi barrio; eran muy pocos los padres que podían comprar zapatos para sus hijos. Hablando de zapatos, la gente grande usaba bototos entaquillados con palitos, gustaban mucho porque eran crujidores, no ve que los zapatos tenían que notarse. . .

"La Pascua era muy diferente, no había la costumbre de regalar, y menos entre nosotros, que éramos pobres. En la Nochebuena íbamos con mi madre a la iglesia de San Saturnino a hacer una visita al Niño Dios; al otro día, el padre Sandoval, que era muy bueno con los niños, nos convidaba una taza de chocolate y cuatro cinquitos a cada uno.

"El 20 de enero era la Fiesta del Roto Chileno; se celebraba mucho esa fiesta. Los preparativos comenzaban en la mañana tempranito: se hacían carreras de ensacados, el palo ensebado y otros entretenimientos; los chiquillos nos metíamos en todo. El 'Dieciocho chico' lo celebrábamos en el Polígono, el segundo domingo después del Dieciocho; todos los del barrio partíamos para allá, era una fiesta muy grandaza esa, puro pueblo. . .

"Pero casi no supe de juegos de niños. A la temprana edad de ocho años me faltó mi padre; era comerciante de la Vega y, le digo la pura verdad, mientras él vivió éramos harto pobres, pero nunca nos faltó qué comer. Mi padre se enfermó del cólera, hubo una gran epidemia por esa época, muchos muertos; ya se había salvado ya, cuando una vecina lo



denunció a la Sanidad; se lo llevaron y murió en el lazareto que instalaron detrás del Hospital San José; no nos entregaron ni el cuerpo.

"Por ahí por 1912 comenzó mi lucha por la vida; en mi primera ocupación ganaba 80 centavos, trabajando doce horas diarias como ayudante del maestro baldosista, que en paz descanse, don Alejandro Villasur. Era muy buena persona don Alejandro, pero ¡reentusiasmado para el trago, el pobre! Desde entonces empecé a conocer la vida de la explotación. En la casa éramos seis hermanos, tres hombres y tres mujeres. Mi hermano mayor, que tenía diez años, y yo, ocho, tuvimos que salir a trabajar; mi madre también se sacrificó mucho por nosotros.

"En ese tiempo, a mi mamá se le dio por irse a Valparaíso, donde vivimos como tres años en una pieza en el Cerro Larráin, que nos costaba \$ 5.- al mes. Mi hermano y yo hacíamos 'pololos' en la caleta de los pescadores, que quedaba donde ahora está la Gobernación Marítima. El pago consistía en dos pescados; vendíamos uno y el otro lo llevábamos a la casa para comer. De ahí, al puerto, donde los estibadores. Teníamos un trato con ellos: les íbamos a comprar vino y, en cambio, nos regalaban parafina en pasta (con la que fabricábamos velas para vender) y azúcar negra, que venía del Perú.

"Tendría unos once años cuando regresamos a Santiago. Me fui a trabajar a una fábrica de puertas y ventanas que había en San Pablo al llegar a Chacabuco. Mi trabajo consistía en acarrear madera y me pagaban \$ 1.50 por la jornada de doce horas. Ahí me 'cortaron' y encontré ocupación en una fábrica de cigarros, en Santo Domingo con Bulnes. Me tenían para echarles agua con ají a las hojas de tabaco que



Valparaíso, 1907: niños frente a una casa típica de los cerros porteños.

primero mojaban con bálsamo de papas, ¡mire cómo los hacían!; los llamaban 'cigarros solos' y eran el pucho del pobre. Me pagaban un peso al día por las doce horas de trabajo. Bueno, en todas las fábricas la jornada era de doce horas. Debo de haber tenido unos catorce años cuando con mi hermano nos fuimos a trabajar a la mina Andacollo, que queda al interior de Curacaví; ahora está abandonada. Empecé como herramientero, acarreador de barrenos; el jornal era de \$ 1.20 y trabajábamos en dos turnos; el mío comenzaba a las 6 de la mañana y terminaba a las 6 de la tarde. Por entonces, yo ya tenía inquietudes sobre la explotación que sufríamos los niños y fui conociendo a Recabarren.

Don Oscar Vilches, un auténtico proletario, obrero baldosista, vendedor de pescado, trabajó mucho en su vida hasta que, hace algún tiempo, jubiló en la Dirección de Pavimentación. *"Ahora estoy contento —dice— porque sé que la lucha de tantos años no fue perdida y no me he de morir sin ver el socialismo en mi patria."*

La narración de don Oscar, dolorosa dentro de su simplicidad, retrocede la máquina del tiempo al lejano amanecer del siglo, en una evocación de la rigurosa niñez, las duras condiciones que debían soportar los niños proletarios y campesinos nacidos aquel año 1900. Los barrios obreros, los "barrios bajos", sin luz, sin pavimento, eran sordidos y tristes; la vida de los niños transcurría sin alicientes entre el fango de la calle y la miseria del conventillo, entregados a su imaginación. Estos conglomerados de piezas, edificadas malamente alrededor de un pasadizo húmedo y oscuro, fueron las primeras habitaciones cons-

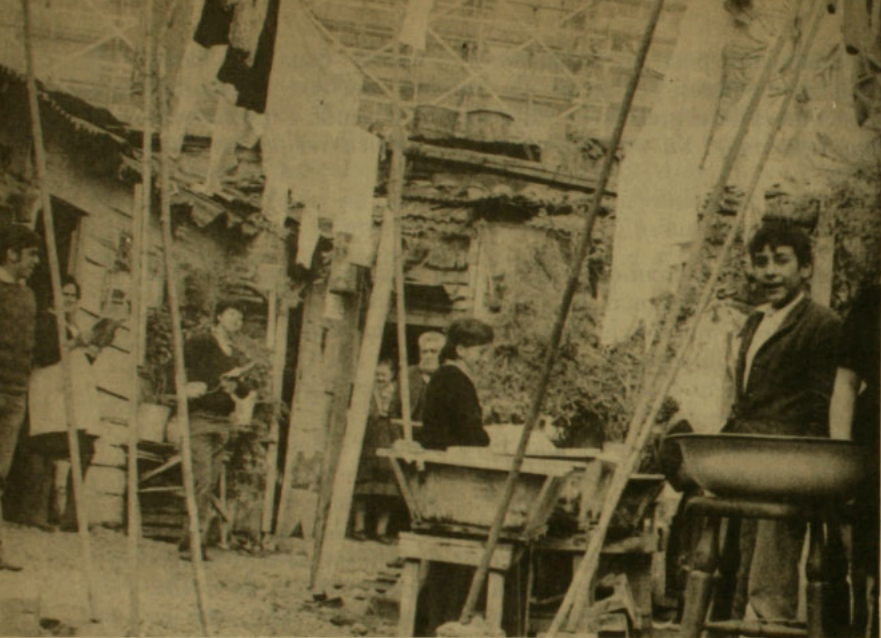
truidas especialmente para los trabajadores y son la cuna de varias generaciones de hombres y mujeres de nuestro pueblo. Recabarren enjuicia con dureza la existencia de estos antros, diciendo: “*El conventillo es una ignominia. Su mantenimiento o su conservación constituyen un delito*”.

● *Un conventillo*

El año 1910, *El Mercurio* denunció que, solamente en la ciudad de Santiago, cien mil personas habitaban conventillos “*en medio de miasmas ponzoñosos, respirando aires impuros y sufriendo la influencia y el contagio de infecciones y epidemias*”. José del Carmen Cepeda, setenta años, obrero jubilado de Ferrocarriles del Estado, recuerda su infancia en un conventillo:

—*Debe de haber sido por el año 1910 cuando vivíamos con mis padres en un conventillo de la calle Grajales entre la Avenida España y Molina. Dormíamos diez personas en una pieza que, yo calculo, no tendría más de 3 metros por 5, con suelo de tierra; en la noche veíamos a los ratones circular por las vigas. La pieza tenía una puerta y ninguna ventana, en pleno día estábamos a oscuras como si fuera de noche. Nosotros éramos los más miserables porque a mi pobre viejo, que en paz descanse, le gustaba el trago como diablo. El conventillo no tenía llave de agua y los niños teníamos que acarrearla en baldes para que mi mamá lavara y cocinara; ella era lavandera.*

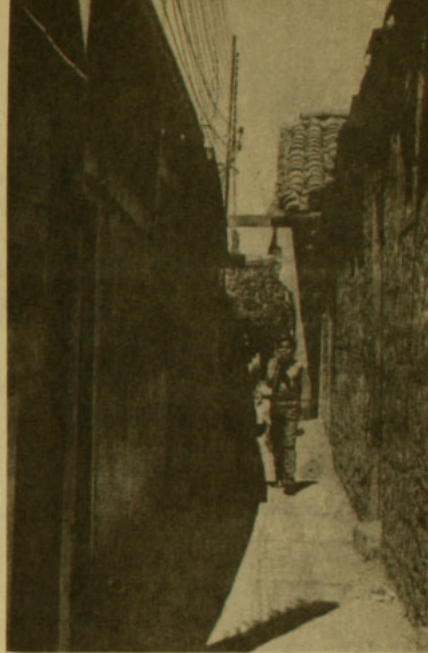
“*El conventillo donde me crié tendría unos 15 metros de ancho y una cuadra de fondo, con dos puertas, una para Grajales y la otra para*



Un conventillo
900 y otro con
poráneo.


◀ La infancia de
buen porcentaje
niños chile
transcurre en
ventillos de
índole.

Sazié; piezas a lado y lado; era grande, debe de haber tenido unas cuarenta piezas y vivíamos mucha gente, por lo menos unas 300 personas. Era una edificación muy mal hecha; en el invierno se nos mojaban los jergones con las goteras y la lluvia que entraba por la puerta. El patio,



muy angosto y lleno de artesas, pasaba embarrado, ya fuera por la lluvia o con el agua que botaban las lavanderas.

"Tenía quince años cuando comí carne por primera vez; no me gustó, estaba acostumbrado a los fideos y las verduras.



Refiriéndose a la escuela, dice don José del Carmen:

—Eran bien pocos los niños pobres que iban a la escuela, los niños pobres; en el conventillo deben de haber ido unos cinco de toda la caterva que habíamos; la mayoría no teníamos ni ropa; apenas comíamos, ¡cómo podíamos ir a la escuela! Aprendí a leer a los dieciocho años, ya hacía mucho tiempo que trabajaba, pero me demoré mucho más porro! . . .

Santiago del 900

La capital, centro geográfico, administrativo y político, era el esmagador y el bolsillo del país. A la Vega de Santiago llegaban, desde el Norte y el Sur, los frutos de la tierra, dificultosamente transportados por los escasos ferrocarriles y las carretas con bueyes que, en interminables caravanas, se desplazaban por los terrosos caminos. El dinero producto de la recién adquirida riqueza salitrera, aflucía generosamente a los bancos y a los bolsillos de los ricos burgueses, mientras el Fisco se debatía en la pobreza al no recibir los beneficios que le correspondían. Efectivamente, los gobiernos posteriores a la Revolución de 1891 se apresuraron a entregar el salitre al imperialismo inglés, dejando truyendo así la tarea del Presidente José Manuel Balmaceda, que intentó recuperarlo para Chile. Quedaron paralizadas las obras de bien público; el país se sumergió en la siesta colonial, mientras en el Norte los rapaces extranjeros y los no menos rapaces nacionales se apoderaban de la riqueza que era de todos los chilenos. Las clases que vivían de un sueldo o un salario sufrieron agudamente las consecuencias de



Padres y niños pasean por el Santiago colonial.

ésta política. El obrero vivía en la mayor miseria y la clase media, formada por pequeños empleados, trataba de ocultar su pobreza y su angustia tras las puertas cerradas de sus casas.

Las condiciones económicas reinantes se reflejaron en el rostro de las ciudades chilenas. Mientras otras capitales, como Buenos Aires, eran hermoseadas con grandes edificios y espaciosas avenidas, la fisonomía de Santiago era la misma de la época colonial; no hay más construc-



Santiago, 1902:
cuando los edifi-
cios de cal y can-
to ya desapare-
cían.

ciones del comienzo del siglo que los pretenciosos palacios edificados para los nuevos ricos salitreros

Permitamos a Oscar Vilches revivir el Santiago de su niñez:

—Allá por 1910, las calles de los barrios eran empedradas, otras tenían adoquines, también había callejones de pura tierra; el alumbrado era con 'farolas' de parafina. Mucho después, creo que en 1922, llegó la iluminación a gas. El centro sí que estaba pavimentado con un ma-



meda de co-
ros de siglo,
lomas que lu-
l último grito
moda.

terial parecido al macadam y alumbrado con gas. En el Mapocho, frente al Mercado, no había pavimento; en el verano se ubicaban ahí las carretas de los vendedores de sandía por pedazos, 'monos', les decían, costaba 10 centavos el 'mono'; los trabajadores de esos lados se los peleaban para refrescarse.

"Había dos casas comerciales grandes, la Casa Francesa, en la calle Estado, donde ahora está el Banco Español, y Gath & Chaves, en Estado

con Huérfanos. Claro que a esos negocios no íbamos los pobres; comprábamos la ropa en las reventas de la calle San Pablo y en la Recova, cerca de la Estación Central.

"Las estaciones están igualitas, aunque en ese tiempo había unas garitas para los 'carros de sangre' que les llamaban a los carros con caballos. La Alameda era distinta, más bonita, con un paseo al centro y dos hileras de álamos a los costados; por entre los árboles corrían dos acequias de agua; dos corridas de escaños llegaban hasta la Estación Central.

"En el Parque Cousiño se hacían la Parada Militar y la fiesta de los españoles, para el 12 de octubre. Era lindo ver llegar a las españolas, sentadas en sus 'vitorias', con esos tremendos peinetones; después se bajaban a pasear y, más tarde, bailaban la jota. Era relindo, oiga, ¡parece que las fiestas de antes eran mejores! El paseo más grande era la Quinta Normal. El Zoológico estaba adentro de la Quinta, en el mismo lugar que ahora ocupa la casa de botellas, ¿la conoce? Los niños nos pasábamos tardes enteras mirando jugar a los monos; que son diablos esos animales, si parecen puros cristianos.

"En esos años, el Gasómetro lo tenían en la calle Bulnes esquina de Agustinas. En la calle Blanco, en el mismo lugar que ocupa ahora la Escuela de Ingeniería, estaba el Presidio. Había tres cárceles en Santiago: la Penitenciaría de la Avenida Pedro Montt, la Cárcel de Teatinos y el Presidio. Yo trabajaba por ahí cerca y se oía de afuera a los rotos, qué aniñados, oiga, cantando cuecas carcelarias, que les decían:



*El presidio de Santiago
es muy penoso,
caen ricos y pobres
al calabozo.*

● *El pequeño "matasapo"*

Los 4.270 kilómetros de cordillera, tierra y mar que constituyen Chile, encierran tipos humanos y formas de vida absolutamente distintos: el roto pampino, trabajador del salitre y el cobre, tiene un mundo y un horizonte por completo diferentes a los del obrero campesino o el ovejero patagónico. En el extremo norte, apenas nacido el 1900, surgen y se extienden como un incendio por toda la pampa los primeros movimientos sociales iniciados por los lancheros de Iquique y las famosas mancomunales. En 1903, Luis Emilio Recabarren llega a Tocopilla a dirigir el diario obrero *El Trabajo* y da comienzo a su prodigiosa tarea de fundador de periódicos y agitador de la lucha proletaria. Hubo un niño, nacido en el pequeño pueblo de Salamanca en el Norte Chico, a quien las circunstancias de la vida condujeron a la pampa del salitre, donde sufrió en carne propia la terrible vida del obrero y del niño en esas regiones y que, finalmente, tuvo el privilegio de ser el continuador de la obra de Recabarren. He aquí su historia:

"Yo nací en Salamanca el 19 de diciembre de 1886 y al 'acontecimiento' acudió mi abuela Juana Urrutia para atender a la madre primeriza." Elías Lafertte Gaviño inicia con estas palabras el relato de su infancia. *"Mis padres eran balmacedistas y, cuando terminó la gue-*

rra civil, tanto mi madre como mi padre tuvieron que sufrir las consecuencias de haber apoyado al primer Presidente antiimperialista de Chile." Al año siguiente se trasladaron a La Serena a casa de la abuela materna, modesta pero con un patio que "lo atravesaba una acequia y teníamos allí muchos árboles: higueras, perales, chirimoyos, duraznos". En La Serena, Elías asistió por primera vez a la escuela. "A los pies del Seminario funcionaba una escuela dependiente de éste, que dirigía el cura don Justo Pastor Donoso. Allí me matriculó mi abuela, y durante un año asistí a las clases y aprendí algunos conocimientos." Por aquella época, la madre tuvo que viajar a otra ciudad, y la ausencia, que doña Juana María estimaba en quince días, por una u otra causa, se prolongó varios meses, durante los cuales Elías vivió conforme a su criterio. "Sentí las solicitaciones de la calle y el día entero vagaba por muelles y playas, por calles y plazas de Coquimbo. . . , el vagabundo más acabado del puerto no tenía nada que envidiarme, pues pronto las ropas se me fueron acabando, los zapatos se me rompieron y así viví varias semanas por las calles."

Después de un sinfín de aventuras, el niño informa, con doloridas frases, que a la edad de diez años, en 1896, hubo de separarse de la madre e iniciar su vida en las provincias salitreras, en compañía de la abuela, doña Juana Urrutia. "La vida de los pobres se caracteriza entre nosotros por la desorganización provocada por la miseria. Las familias se separan por necesidades del trabajo, los hijos tienen que vivir lejos de sus padres. . ." El puerto de Iquique "era algo nuevo para mí, una ciudad tan grande como nunca las había visto. La bahía estaba llena de

Salitreras, 189
laboran los peque
ños "matasapo
El trabajo infan
era la norma y
la excepción.

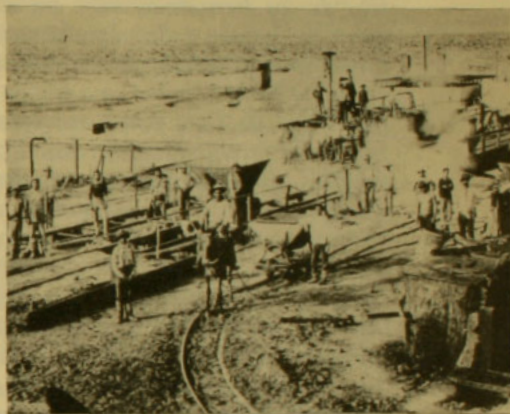


Un niño trabaja en las salitreras, alrededor de 1900. Su cara ahorra todo comentario.

Cementerio pampino: donde no faltan las tumbas de los niños muertos por exceso de trabajo.



barcos de vapor y de vela y en los muelles había un movimiento que me pareció febril. Eran los famosos embarques del salitre, que por aquel tiempo estaban en su apogeo". Al subir a la pampa, su mayor impresión no la constituyó el paisaje, sino el terrible sol, "más fuerte que el que yo conocía en el Norte Chico". La Oficina Providencia, donde vivía la abuela, estaba "de para", así es que pronto debieron emprender viaje hacia la Oficina La Perla. En ésta, Elías, de escasos diez años, empieza su vida de trabajo como salitrero: "y éste fue de machucador



de salitre o 'matasapo', como se nos llamaba. Eramos dos muchachos casi de la misma edad los que, con sendos combos de luma, apaleábamos los trozos de salitre demasiado grandes, que, por su tamaño, no cabían en los sacos o podían herir las espaldas de los cargadores. Eran doce horas las que pasábamos cada día, a pleno sol, dándoles a los terrones de salitre, hasta reducirlos a pedacitos". El niño recibía 60 centavos de salario por esta labor.

Elías y su abuela se instalan ahora en la Oficina Agua Santa, donde

“encontré trabajo como herramientero, faena que, por lo general, desempeñaban muchachos de trece o catorce años como yo. El jefe nuestro, de los herramienteros, era el ‘corrector’ argentino Leonor Suárez, que nos vigilaba cada mañana cuando salíamos, cada uno a cargo de dos mulas que cargaban las herramientas que se llevaban a la pampa. Allí, en plena pampa, había una fragua para arreglar los barrenos, que eran de propiedad de cada barretero, y las barretas, que eran de la compañía”. Los barreteros preparaban los tiros para arrancar el caliche de los yacimientos, abriendo los cañones dentro de unos cráteres con las barretas y barrenos. “Los días domingos, vestido con mi cota, camisa de tocuyo o saco harinero, abierta sobre el hombro izquierdo, y mi pantalón de borlón o diablo fuerte, frecuentemente ‘encayapado’, o sea, con parches, me dedicaba a pasear, a trabar amistades y, no pocas veces, aceptaba en las tardes un trabajo extraordinario para procurarme unos centavos más de salario.”

Un hecho que lo impresionó profundamente fue la muerte accidental de un niño herramientero a manos de un obrero. *“Un entierro en la pampa es de por sí un espectáculo sobrecogedor y mucho más tratándose de un niño.”*

La estada en Agua Santa llegó a su fin. Elías y su abuela emprendieron viaje a la Oficina Puntunchara, en el mismo cantón de Negreiros, *“porque mi abuela había tenido dificultades para la mantención de su vaca en Agua Santa”*. Allí trabajó como oficial de la maestranza y cambió su condición de “particular” o “asoleado”, como llamaban a los trabajadores de plena pampa, por la de “tiznado”, o sea, obrero de la maestranza y los trenes.

Otro traslado, esta vez a la Oficina Rosario, de Negreiros, donde entró a trabajar como particular. *“El trabajo se volvía duro para mí. Las herramientas me pesaban hasta hacerme doler la espalda y me machucaban las manos. Pero éstas se fueron endureciendo y ya eran manos de pampino cuando abandoné por segunda vez la pampa para regresar a La Serena.”*

Debe de haber constituido un espectáculo tierno e inolvidable la pareja formada por el niño Elías y su abuela recorriendo, a lomo de mula o en carretón, el rosario de oficinas que, en aquellos años, cubría la pampa salitrera. La anciana, vestida con inmensos ropajes negros, envuelta en su manto, transpirando bajo el implacable sol, y el niño, con su clásico atuendo de herramientero, son hermanos de aquellos personajes de cuentos de hadas que emprendían largos viajes en pos de hazañas imposibles. La vida extraordinaria de Elías y su abuela recuerda a los protagonistas de una historia ya olvidada: *Los Músicos Viajeros*, que acuñó muchas generaciones de niños, en la cual un gallo, un gato y un asno asocian sus miserias y salen en busca de mejores horizontes para ganarse la vida.

● *Otras tierras, otros niños*

Mientras en Santiago y las provincias del Norte los chilenos eran sacudidos por el ritmo vertiginoso de los acontecimientos, en otras regiones, en las provincias agrarias, la vida transcurría serena, girando mansamente al compás de las estaciones. La trilla, la vendimia, los barbechos, la siembra, la cosecha, la trilla... , las inmutables faenas



campesinas formaban el círculo alrededor del cual se movían parsimoniosamente obreros y patrones. En ese ambiente dulce y agreste, como la uva y el espino, un mismo día del mes de octubre de 1884 nacieron dos niños: Francisco, hijo del patrón de un fundo, y Juan de Dios, hijo de un inquilino del mismo fundo.

● *Juan de Dios*

Cuando cumplieron siete años, Juan de Dios y Francisco fueron enviados juntos a la misma escuela. La madre de Juan de Dios lo vistió con la mejor camisa de tocuyo, le puso un sombrero del marido y le entregó una bolsita con harina tostada como almuerzo para todo el día.

Juan de Dios era un poco duro de mollera, y así fue como, durante el primer año escolar, se llevó gran cantidad de azotes por no aprender a leer. Al año siguiente fue a la escuela, sólo que en calidad de “mozo” de Francisco, es decir, ya no tenía obligación de aprender a leer y, por lo tanto, estaba libre de los golpes.

Al tercer año, Juan de Dios ya tenía diez años, era un hombrecito y no volvió a la escuela: había que trabajar. Reparar cercas, cuidar ganado, fueron las tareas que llenaron su infancia. La jornada era de sol a sol y recibía 10 centavos de salario que la hacienda pagaba religiosamente a su padre. Transcurrió el tiempo, Juan de Dios creció y, a su vez, se convirtió en inquilino, se casó y tuvo varios hijos. El patrón le entregó una “puebla” y una “cuadra de libre disposición”. El terremoto de 1939 redujo la “puebla” a escombros, que sepultaron a Juan de Dios y dos de sus hijos. Tenía cuarenta y cinco años.

● Francisco

—Mi padre era dueño de un fundo en el Sur, en la provincia de Maule, cerca de un pueblo de mil habitantes, llamado Pocillas. —Don Francisco, anciano casi nonagenario, cuenta lúcidamente la historia de su lejana niñez—. Allí nací y transcurrió mi infancia. Muchos de mis parientes tenían fundos en los alrededores del pueblo y todos los primos estudiamos las primeras letras en la escuela pública. La profesora, parece que la estoy viendo, doña Nicolasa, era una vieja fea, narigona, con muchos lunares peludos, de lo más mala.

”Teníamos que ir a la escuela con las mejores ropas. En ese tiempo vestíamos pantalón a media pierna, zapatos de caña y sombrero hongo, ¿se da cuenta cómo volveríamos de sucios a la casa, después de un día de escuela? Los hijos de los campesinos usaban ojotas, o, simplemente, andaban sin zapatos, con camisas de género de saco harinero y chupalla en el verano; en el invierno se colocaban unas mantas cortas, sombreros de fieltro y las ojotas.

”Los juegos eran el trompo, las bolitas, los volantines. En la primavera hacíamos competencias de volantines que terminaban en tremendas peleas entre los bandos, originadas por cualquier cosa; nos gustaba luchar. Lo que más nos entretenía era hacer la cimarra; nos íbamos al río y vagábamos todo el día. En la tarde, doña Nicolasa le hacía una visita a mi mamá para preguntar por qué Panchito no había ido a la escuela; cuando yo aparecía, mi mamá me estaba esperando con El chicote en la mano. En Pocillas vivimos como diez años; después, teniendo yo doce, nos trasladamos a Cauquenes.

"En mi tiempo, la Pascua era una fiesta religiosa, no existía la costumbre de los regalos. Rezábamos una novena que terminaba el 24 de diciembre en la noche. Al término de la novena, había la costumbre de cantar villancicos frente al 'pesebre'; las cantoras eran especialistas y entonaban sus canciones ingenuas, una tras otra, celebrando el nacimiento del Niño Dios. En este momento recuerdo solamente una copla:

Señora doña María,
bonita como un jardín,
es usted una linda rosa
y su niño un jazmín.

"El Año Nuevo se celebraba mucho. Las iglesias hacían sonar sus campanas a las 12 en punto; la gente grande tenía una cena de Año Nuevo y los niños disparábamos fuegos artificiales en la plaza. Otra fiesta muy celebrada era el Dieciocho de Septiembre. El Regimiento partía a la cabeza de un desfile en el que también tomaban parte los bomberos y los escolares. Llegábamos a la plaza, se cumplía la ceremonia de izar la bandera, todo el pueblo cantaba la Canción Nacional y el intendente decía un discurso patriótico. En la tarde íbamos al circo, a la primera 'tanda'; como algunos amigos no tenían con qué pagar la entrada, aguzábamos el ingenio para hacer lesa al administrador y, a veces, entraban hasta cinco niños con un solo boleto. Después del circo solíamos visitar las ramadas que se hacían por el lado de la estación. Eran muy pintorescas, fabricadas con ramas, por eso se llaman así, y



A veces los recuerdos de infancia pueden ser hermosos.

adornadas con cortinas, espejos y banderitas de papel. Las cantoras llegaban a sacar chispas tocando y cantando cuecas.

"En esa época, en que había malos caminos y no existían medios de movilización, cualquier viaje significaba hacer grandes preparativos. En el verano, todas las familias se iban a sus fundos por varios meses, generalmente hasta después de la vendimia. Había, entonces, que llevar muchas ropas, muchos enseres, en fin, y para estas, digamos, expediciones, utilizábamos los 'carretones', que eran unas carretas corrientes

a las que se les quitaban las varas, colocándoles encima una verdadera casita, con puertas y ventanas, donde viajaban las señoras y las niñas; los hombres íbamos a caballo al lado del carretón, 'cuidando a nuestras damas', como decía mi padre.

"Mi familia era balmacedista. Yo era muy niño, tenía solamente siete años para la Revolución del 91, pero recuerdo que el Gobierno hizo 'levas' entre los campesinos para completar los regimientos que venían diezmados de la Guerra del Pacífico; usted sabe que el Ejército apoyó a Balmaceda y la Marina se declaró por los rebeldes. Los campesinos, ante el miedo de que los llevaran a otra guerra, se escondieron y los dueños de fundos, la mayoría antigobiernistas, los ocultaban en los entretechos de sus casas. Mi padre, como balmacedista, no permitió esconderse a sus inquilinos y tuvieron que ir a luchar. Tránsito Alarcón y otro que no recuerdo, no volvieron, los mataron en Placilla.

Don Francisco, el niño que tenía siete años para la Revolución de 1891, es un robusto anciano, muy lúcido a pesar de sus casi noventa años. Recuerda con precisión los acontecimientos de su lejana infancia, conversa de política, pero "no me gusta este Gobierno porque es comunista". Casado hace más de cincuenta años, vive, junto con su esposa y su batallón de hijos y nietos, en una gran casa en Ñuñoa. Don Francisco y la señora Aurora forman una pareja de ancianos "chapados a la antigua".

● *Candidatos a la muerte*

Un hecho trágico, absolutamente desconocido para nuestros testigos de comienzos del siglo, es que en esos años, entre 1900 y 1910, la

mortalidad infantil alcanzó un promedio de 290 niños muertos por cada mil nacidos vivos, niños que morían antes de cumplir un año de edad atacados por la tuberculosis pulmonar, neumonía, diarrea, debilidad congénita, enfermedades típicas de la miseria, productos del hambre y las malas condiciones de vida denunciadas insistentemente por la prensa obrera y hasta por el diario *El Mercurio*. El Anuario Estadístico de 1910 informa, en su frío lenguaje oficial: “*Total muertes menores de un año . . . 34.757*”.

Esto ocurría en medio de una sociedad poderosa, dueña de capitales superiores a los 250 millones de pesos, que representaban la enorme suma para esa época de más de 17 millones de libras esterlinas; la riqueza del salitre, recibida como una lluvia bienhechora por la clase dominante, no servía para mejorar las condiciones de salud de los pequeños hijos del pueblo. Sin embargo, los elegantes señores de levita y las bellas damas ataviadas con enormes sombreros emplumados, se solazaban en la descripción de las desgracias del pueblo que les relataban sesudos conferenciantes en unas charlas sobre “*economía social*” que estaban muy de moda. En una de ellas expone el charlista: “*La visita al centro de la vida del pueblo hará ver a la riqueza de ambos sexos los grandes y graves problemas sociales de la mortalidad infantil; de ahí (de las visitas) naturalmente nacen y deben nacer las obras sociales femeninas, como las casas-cunas, los asilos maternos y la defensa del trabajo femenino contra el sistema del sudor, ‘el sweating system’ que ya he denunciado. La resignación es una virtud social que se conquista con otra virtud social: la caridad*”.

● *El salitre marca el rumbo*

Año 1929. El salitre alcanza su más alto índice de producción. El Presidente Carlos Ibáñez se encontró con grandes recursos económicos que le permitieron detener en parte la inflación, estabilizar la moneda y crear fuentes de trabajo con la construcción de puentes, caminos, escuelas, obras de alcantarillado y agua potable. Lamentablemente, Ibáñez permitió, al mismo tiempo, la penetración del capital norteamericano a través de las compañías del cobre, compañía de electricidad y grandes empréstitos. Al año siguiente, 1930, Chile siente el impacto de la crisis mundial del capitalismo; el auge del salitre ha terminado y, con ello, viene el colapso económico del país. Se estima que, durante esta crisis, llegó a 130 mil el número de cesantes entre empleados y obreros. Los primeros en sentir los efectos del fenómeno fueron los productores de la riqueza de Chile. Las oficinas de la pampa salitrera cerraron sus puertas una a una, embarcando a los mineros y sus familias hacia las provincias centrales. Santiago y Valparaíso vieron llegar a estas masas de desocupados que, con sus mujeres e hijos, recorrían las calles solicitando algo de comer. Testigos de aquellos años recuerdan con espanto las caritas famélicas de los niños y la ansiedad con que cogían un pedazo de pan.

Pedro Abarca, obrero de la construcción, hijo de pampino, tenía siete años en 1931.

—Llegamos a Valparaíso en un vapor que creo se llamaba Flora; en el buque veníamos muchos pampinos y los niños estábamos felices con la novedad, porque no conocíamos el mar. Desde el puerto, nos tra-



"El poder corruptor del salitre" (del diario "La Epoca").

ieron directamente a Santiago y nos alojaron en un albergue en la calle Matucana casi frente a Huérfanos; era un galpón grande y nos metieron a todos juntos; algunas familias separaban sus lugares con frazadas, pero la mayoría dormíamos a la vista de todos. En la mañana y en la tarde nos repartían porotos con chuchoca, pero la ración era cada vez

más chica y andábamos medio muertos de hambre. Tuvimos que salir a las calles a pedir de comer; al principio nos atendían bien, pero después deben de haberse aburrido o no tendrían, la cuestión es que, apenas aparecía un grupo de cesantes, la gente cerraba las puertas. De esto yo no me daba cuenta porque era muy niño, lo sé por las conversaciones de mis padres. Me acuerdo de mi mamá repartiendo un pedazo de pan entre los cinco hermanos; fue un tiempo muy amargo. Ese año murieron mi mamá y mi hermano más chico, porque vino una gran epidemia de tifus, que lo producían los piojos. Todos estábamos llenos de bichos, el albergue era muy sucio.

En el año 1931 se produce la caída del Gobierno de Ibáñez, a quien sucede Juan Esteban Montero. Este Presidente es, a su vez, destituido y se instaura la República Socialista, que dura exactamente diez días. Siguen los 100 días de Carlos Dávila, que también es desbancado. Esta rotativa de gobernantes termina cuando Arturo Alessandri P. se hace cargo de la Presidencia de la República, desde 1932 hasta 1938, año en que triunfa el Frente Popular con Pedro Aguirre Cerda.

Ana María Valdés, profesora primaria, narra esta época caótica de nuestra historia a través de sus impresiones de niña de trece años:

—Para la caída de Ibáñez, vivíamos en la segunda cuadra de la calle Nataniel, es decir, en el centro de las actividades. Mis recuerdos son más bien de conversaciones escuchadas en mi casa que de hechos que yo haya verdaderamente presenciado; vi, eso sí, y con una gran angustia de niña, los grupos de cesantes que golpeaban las puertas de las casas pidiendo comida. Mi madre siempre tenía una olla dispuesta pa-



ajadores del
e (incluyendo
i) hacia 1900.

ra ellos, pero, por ejemplo, la familia de la casa del lado se enojaban cuando los veían, decían que eran ociosos, que tenían costumbre de limosnear. No solamente cesantes pedían limosna. Recuerdo a un viejito de barba blanca, muy púlcro, vestido de negro y un sombrerito

anticuado. Preguntó si podíamos darle algo de comer, mi madre lo hizo pasar al patio y le sirvió almuerzo; no lo vi nunca más.

"Cuando cayó Ibáñez, mis padres comentaban, un poco escandalizados, que el Arzobispo Campillo se había paseado por el centro envuelto en una bandera. Después hubo unas elecciones entre Montero y Alessandri; recuerdo que pasaban los desfiles de cesantes vivando a Alessandri y que nosotros, los niños, gritábamos "Montero", "Montero". Después de todo, creo que ni los cesantes ni nosotros sabíamos mucho lo que gritábamos.

● *Un niño y la pampa*

Los que llegan por primera vez a la región salitrera se impresionan por la grandeza del desierto, el paisaje desnudo, sin vegetación, carente de elementos que atenúen su rigor. Este mundo implacable, aplastado por un sol ardiente, ajeno a la suavidad casi femenina del Chile central, ha creado una raza de hombres secos, duros, sobrevivientes de todas las expoliaciones como su desierto natal: el pampino. Remigio Albornoz, dirigente de la Federación Minera, hijo de la pampa, explica con sencillez algunos aspectos de la ardua vida del niño nortino:

—El clima de la pampa es muy caluroso en cualquier época, salvo en las noches de invierno, en que la temperatura baja hasta ocho grados bajo cero; las casas son en general de calamina (zinc), con el calor se convierten en hornos y con el frío son neveras. El niño pampino de mi época, desde que abría los ojos, sentía el azote de la explotación, por-

que jamás conoció ninguna comodidad; no sabe de cosas corrientes para los niños de otras regiones, como, por ejemplo, un árbol con sus frutos, un ternero, un gorrión. Ya a los cinco años de edad se da bien cuenta de la promiscuidad en que vive; las casas de la pampa tienen sólo dos piezas, muchas veces ocupadas por dos o tres familias; por lo tanto, es fácil imaginar las condiciones en que se convive.

"El niño, que de por sí es novedoso, observa cosas que no están de acuerdo con su corta edad y que, inocentemente, practica.

Albornoz se refiere a uno de los problemas más serios que se suscitaron en las oficinas salitreras: la habitación. Hacinadas las familias en casuchas de calamina, donde por falta de espacio debían dormir dos y tres personas en una misma cama, sin intimidad, sin servicios higiénicos, los menores mezclados con los adultos, se producían situaciones que atentaban contra los niños, tanto en el aspecto moral como en la salud. Esta situación, por cuya solución los mineros lucharon duramente, nunca fue resuelta y aún subsiste: "... En este sentido todavía quedan muchos problemas que de a poco se van arreglando", expresa Remigio.

—Para mí, el niño pampino —continúa— es una especie de héroe, ya que ha presenciado hechos que otros niños no pudieron ni soñar. Fueron cientos los que participaron en las grandes huelgas salitreras, algunos como obreros explotados, otros siguiendo a sus padres; muchos cayeron en las frecuentes masacres, como en la Escuela Santa María de Iquique, en La Coruña, San Gregorio y otras ya olvidadas; los hu-

finis de los años
los niños gana-
n 3 ó 4 pesos
arios por labores
ricolas como lim-
ar tomates o ace-
ias de sol a sol.



mildes cementerios de la pampa están llenos de tumbas de niños que murieron luchando junto a sus padres. También fueron miles los niños que se vieron arrastrados a la más negra miseria, tuvieron que sufrir la vida de los albergues y la vergüenza de pedir limosna.



Los niños iban a la escuela sin zapatos, apenas cubiertos por ropas garradas.

● *Niñez agreste*

En la década 1925-1935, el 60 por ciento de la población de Chile habitaba en los campos. Hombres, mujeres y niños dejaban sus vidas en un trabajo de sol a sol, con salarios miserables, sin leyes sociales:

las “pueblas” o “posesiones” eran casuchas destartaladas, sin ventanas, de gruesos adobes o frágiles coligües, donde jamás entraba el sol; en ellas se amontonaba la familia del inquilino junto con los animales domésticos para protegerlos de las inclemencias del tiempo. Olga Alarcón, que sufrió en su carne la “idílica vida” del campesino chileno, evoca su niñez sin una muñeca, un lindo vestido, un libro para satisfacer sus anhelos.

—Desde que tengo conocimiento, nunca jugué, había mucho que hacer; los pollos, los terneros son los juguetes de los niños campesinos. Con mucha dificultad estudié hasta quinta preparatoria en la escuela de Tequiel, a una legua de mi casa; nos levantábamos a las 5 de la mañana y mi mamá nos entregaba una bolsa de harina tostada para el almuerzo; para llegar a la escuela teníamos que cruzar un estero y subir un cerro; esto era muy terrible en el invierno, porque nos mojábamos la ropa y así teníamos que quedarnos todo el día. A los ocho años, los niños teníamos que trabajar en el campo, éramos ‘trabajadores obligados’ en algunas faenas, como la cosecha y los barbechos, también segar; tenía diez años cuando me corté el dedo pulgar con una echona mientras segaba trigo. Para la cosecha del maíz, los niños nos levantábamos al segundo canto del gallo, pero los grandes habían trabajado toda la noche. En la vendimia, la jornada comenzaba a las 6 de la mañana, para terminar cuando se escondía el sol, con una hora para almorzar; la ración de todos los días era porotos con chuchoca y una bolsa de harina tostada; como éste no era trabajo ‘obligado’, los niños recibíamos 20 centavos (de peso) diarios.

En el salitre, h
1900: los r
también parti
ron en las hue
salitreras, en
de las cuales p
ron para esta
tórica foto.



NIÑOS TRABAJADORES HUELGUISTAS

—¿Quién le curó el dedo cuando se lo cortó?

—Me contuvieron la hemorragia con orines, después me colocaron un emplasto de hierbas.

—En casos más graves, ¿qué hacían?

Mi abuelita era “meica” y ‘compositora’; todos iban donde ella para que los sanara.

—¿Qué alimentación tenían ustedes cuando niños; tomaban leche?

—No conocí la carne de vacuno hasta que llegué a Santiago; legumbres y las verduras de la huerta componían nuestra comida; teníamos una vaca, no nos faltaba la leche, pero la mayoría de los niños del fundo nunca la probaban. Los patrones eran muy egoístas con los niños; a veces el viñatero nos regalaba una canasta de uvas a escondidas, porque, según ellos, era robo.

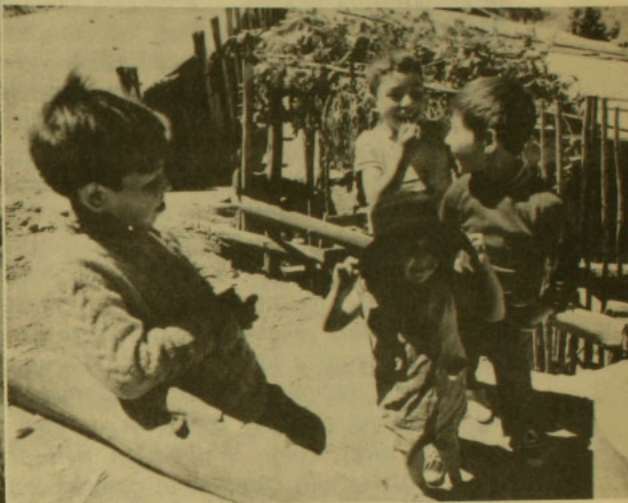
La crisis no afectó mucho la vida de estos campesinos, los patrones se limitaron a no pagarles la parte de salario en dinero. Cuenta Olga:

—Sé que a mi papá no le pagaban sueldo, pero era tan chico que no servía para mucho, 30 pesos al mes, pero teníamos pocas necesidades: yerba, azúcar, sal, hilo. La ropa la hacíamos casi toda en la casa; la ropa interior de tocuyo, o más bien, saco harinero; en el invierno nos poníamos refajos y chombas de lana que nosotras hilábamos y tejíamos; usábamos zuecos de madera, y los hombres, chalas de suela de neumático.



peleas con los dueños de fundo para que los niños pudieran ir a la escuela.

Un momento de juego con el sombrero del papá.



● *Por las tierras de Gabriela*

Ramón Meneses, dirigente del Sindicato Unico de Trabajadores, SUTE, comenzó su carrera de profesor primario allá por el año 1940, en una región del Norte Chico ubicada *“en un lugar donde hay dos valles a las orillas de los ríos del Carmen y del Tránsito, que, a su vez, for-*

man el Huasco". Meneses vivió las personales experiencias dolorosas propias de todo profesor rural y fue testigo de la explotación que los propietarios ricos ejercen sobre los campesinos y sus familias. Cuenta Meneses:

—Los pequeños predios de 12, 6 y 4 hectáreas que forman el patrimonio de estas familias campesinas no les dan, como es lógico, para vivir; entonces, están obligados a trabajar en los fundos grandes. A fines de la década del 40, los salarios para estos pequeños propietarios eran de 6, 7 y 8 pesos diarios. En las faenas de la limpia de tomates, ají, vendimia, limpia de acequias y otras labores agrícolas, los dueños de fundos de la región ocupaban también a los niños, que recibían un pago de 3 ó 4 pesos diarios, es decir, la mitad que el adulto, y les exigían el mismo trabajo y el mismo horario de sol a sol, con un calor abrasador, ya que la temperatura de esos valles, de clima subtropical, es superior a los 36 grados. Hay que consignar que los campesinos de estas regiones son extremadamente pobres y, durante su época negra, julio a octubre, aparecían agentes de las firmas distribuidoras de frutas secas, como Williamson Balfour, Gibbs, Williams o Gilde-meister, ofreciendo comprar la cosecha 'en verde', a \$ 200 el quintal; en aquel tiempo, este producto de los valles se vendía en \$ 20 o más el kilo en los centros poblados.

"Con todos estos abusos, no es de extrañar que los campesinos se vieran obligados a soportar la explotación de que eran objeto. Así es como los niños tenían que faltar a clases durante los meses de agosto y septiembre para trabajar en las faenas que ya he explicado. Esas fa-

milias, tan pobres, no tenían casi cómo vestir a sus hijos. Los niños iban a la escuela sin zapatos, apenas cubiertos por ropas desgarradas. En esos años, las municipalidades proporcionaban una ayuda a las escuelas rurales para dar desayuno escolar, pero ésta era tan pequeña que, generalmente, no cubría las necesidades del año y, muchas veces, tuve que dar clases a los niños sabiendo que no habían tomado desayuno ni comido la noche anterior. Varios de mis alumnos eran de una inteligencia notable; desgraciadamente, la miseria y la obligación de trabajar frustraron a estos niños que, en otras condiciones, pudieron haber sido muy útiles al país.

"Algunos de los hacendados eran personas de 'gran sensibilidad social'. A comienzos de 1950 hubo una prolongada sequía en toda la zona. Conociendo el impacto que este fenómeno causaba en los campesinos y, por lo tanto, en los niños, hablé con uno de estos dueños de fundo para que me regalara un saco de porotos y así dar de comer a mis alumnos; no olvidaré jamás la respuesta que recibí, que repito textualmente: 'Chis, ¿creís que porque estoy ganando plata la voy a botar?'

"Tuve que dar una gran batalla para conseguir que los niños pudieran asistir a la escuela, en la que, finalmente, fui vencido. Los agricultores poderosos se oponían a que los niños campesinos se educaran, de manera que se valieron de toda clase de artimañas para evitarlo. Por último, después de llevarme a la cárcel 'por comunista', fui exonerado y me echaron de la región. Nunca supe qué habrá sido de estos niños que traté, con todas mis fuerzas, de educar.



Esta situación era característica de todos los valles transversales; en esos años, yo tenía contacto con compañeros que estaban a cargo de escuelas en los valles de los ríos Copiapó, Elqui, Choapa, y, sin excepción, todos vivieron experiencias similares.



● *“Fui una niña feliz”*

—En alguna forma —dice Liliana, dueña de casa, cuarentona de rostro alegre— *mi infancia fue diferente a la de muchos niños; todos los años vivíamos en ciudades distintas, porque mi padre era militar. Entonces, no puedo decir como la mayoría de la gente, ‘nací y me crié*

en...', pero lo esencial es que fui una niña feliz. Mis primeros recuerdos se sitúan en una gran casa con galerías y patios infinitos y... una mujer tomando veneno, no sé quién era o qué hacía allí en mi patio, pero estaba tomando veneno.

"Cuenta mi madre que yo era muy consentida y que mi abuela me regaló, entre otros juguetes, un caballo-balancín: cuando me vieron muy silenciosa, afanada con el caballito, me preguntaron si me había gustado y que yo respondí: 'No, porque no he podido sacarle la cola...' Comenzaron los viajes: La Serena, Santiago, Valparaíso, Concepción y muchos otros lugares. Si me preguntan de estos pueblos, no recuerdo nada; sin embargo, hago asociaciones extrañas; por ejemplo: La Serena-papayds, Lautaro-puré, Santiago-guitarras, unas galletas de jengibre que ya no existen; Valparaíso-manzanas envueltas en caramelo, y así, cada ciudad es más bien un recuerdo comestible. Debo de haber tenido unos cuatro años y vivíamos con mis padres, mi abuela y tías en una casa muy antigua en la calle Carrera, tan hermosa, adoquinada, con grandes árboles. En las noches sentía el ulular de los trenes que partían o llegaban a la Estación Alameda; era una sensación muy extraña que todavía me embarga, mezcla de miedo y deseo de partir; así fue como un día me escapé dispuesta a llegar al tren; por supuesto, me perdí y no pude salir de aventuras; me hallaron tres horas más tarde, indignada por no haber encontrado el tren.

"Los temblores me producían pánico y mi abuelita usaba botitas con botones; el hecho es que, cada vez que había un temblor, todos ejecutábamos una especie de rito: mis tías corrían al umbral, o sea, se

subían a la ventana, mi abuelita se sentaba en la cama a ponerse las botas y abrochar los botones; yo me paraba al lado de su cama gritando 'misericordia. . .' y esperando que ella terminara de ponerse las botas para arrancar juntas; con razón los temblores me producían pánico.

"Una vez sucedió algo terrible: al lado de mi casa vivía una empleada, la Zoila, que pololeaba con un carabinero; éste todos los días le pegaba a la Zoila, ella gritaba, yo me ponía a llorar dentro de mi casa. Una noche parece que al carabinero se le pasó la mano en el castigo y llegaron una cantidad de hombres de un conventillo cercano, acorralaron al carabinero, éste sacó su revólver y disparó, matando a uno de los hombres; los demás lo querían linchar y ahí estuvo el carabinero afirmado en la muralla, amenazando con el revólver hasta que llegaron otros carabineros a rescatarlo.

"A medida que fui creciendo, me entusiasmé con la lectura; revistas, Salgari, cuanto caía en mis manos lo devoraba con deleite; me extasiaba con las aventuras y me encarnaba en todos los personajes, fueran hombres o mujeres. Bueno, tanto leer tenía que producir su efecto; con mi hermano éramos exploradores árticos y nos fabricábamos tiendas de campaña con las sábanas de las camas, lo que molestaba bastante a mi mamá; nuestra piragua era un choapino, en el que nos arrastrábamos por la casa, transportando un cargamento de cachivaches. En ese tiempo vivíamos en una quinta en La Cisterna y, cerca de ella, había un tranque profundo; inmediatamente concebimos la idea de construir una balsa, que bautizamos pomposamente con el nombre de Almirante La Torta. El día del lanzamiento, tocamos diana en una cor-

meta de latón y subimos a bordo, y, apenas colocamos pie en el puente, el Almirante La Torta se fue a pique; la tripulación no se ahogó porque cerca del tranque había unos trabajadores que la salvaron de perecer en masa.

Pequeños
pantes en una
nifestación d
CTCH.

El salario de la miseria

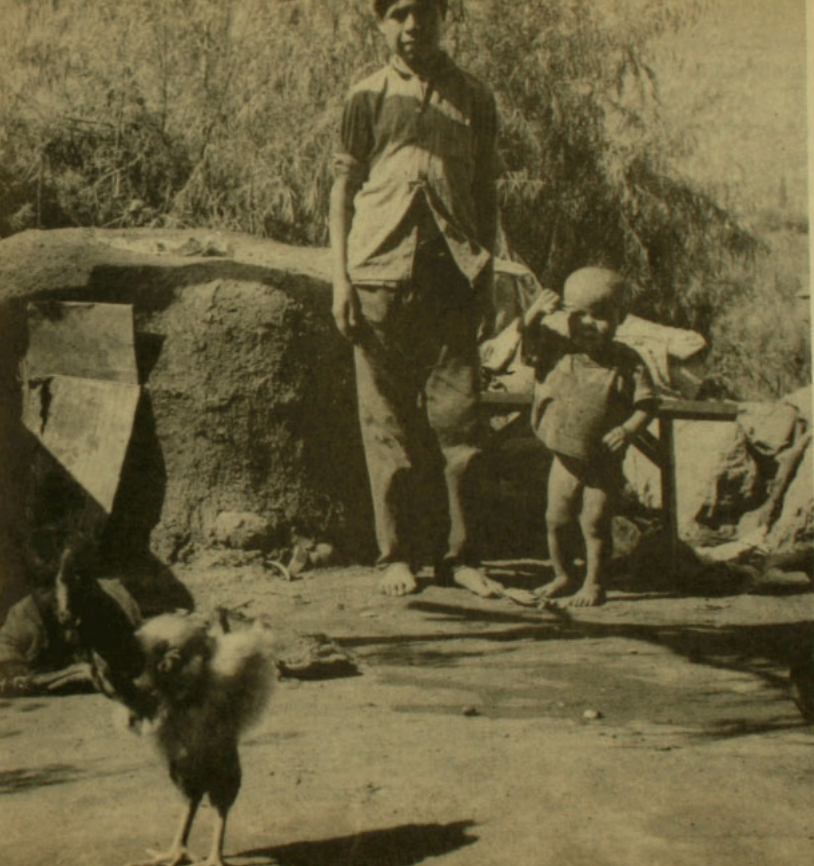
A través de los relatos se puede apreciar que la vida del niño del pueblo a lo largo del siglo podría resumirse en dos palabras: miseria y trabajo. Las miserables condiciones de existencia de las clases trabajadoras han obligado a los padres a entregar a sus hijos, apenas salidos de la primera infancia, a la explotación de patrones inmorales que se apoderaron ávidamente de una mano de obra barata y obediente. Es evidente que el niño proletario era explotado en gran escala; los partidos políticos populares exigían y reclamaban una legislación al respecto, tanto como los gremios en huelga en sus pliegos de peticiones. Hemos visto a don Oscar, el pequeño baldosista de ocho años; Elías, a los diez años convertido en "matasapo"; Olga, a los ocho años el dedo cortado por una echona, y así, en todas las faenas donde faltaran brazos y sobrarán niños.

En el año 1913, ante reiteradas denuncias de escritores como el Dr. Valdés Canje y Víctor Domingo Silva, el Congreso Nacional envió una comisión de diputados a imponerse de las condiciones de vida y trabajo de los mineros de la zona salitrera, la que, encabezada por el diputado radical Enrique Oyarzún, efectuó una investigación de la cual volvieron espantados a dar cuenta a la Cámara; dice el diputado Oyarzún: "*La trituración de los grandes trozos de caliche o costra, hecha en cancha-*



doras abiertas y en medio de una nube de polvo sofocante, obligaba a los trabajadores a cubrirse la cara con un grueso pañuelo que les impedía respirar y andaban a ciegas; los cachuchos, donde se opera la disolución en agua hirviendo de la sustancia salitrosa del mineral chancado, no tenían seguridad alguna que evitara las caídas dentro de ellos y se veía perfectamente cuán penoso debía ser ese trabajo, con los riesgos consiguientes a semejante abandono..." Continúa el informe: "... más del 50 por ciento de la población infantil no alcanza a recibir educación en los pueblos y faenas de la pampa salitrera por falta de escuelas". El informe pide, entre otras, una ley de protección del trabajo de los niños y mujeres.

Tres años después, en 1916, a raíz de grandes huelgas, se nombra una nueva comisión parlamentaria, encabezada ahora por el radical Alberto Cabero, la cual comprueba, y así aparece en el informe publicado en 1917, que en la industria del nitrato había más de tres mil niños menores de dieciséis años, "incluyéndose muchos de 7 y 8 años, ocupados en trabajos no sólo superiores a sus fuerzas, sino que en extremo peligrosos e insalubres". Esta comisión exige que, de una vez por todas, se emitan las leyes protectoras solicitadas por el diputado Oyarzún en 1913. Finalmente, en 1917 vino a dictarse una ley que establecía el descanso dominical para los niños y un reglamento que determinaba las industrias exentas de esta ley, "... y eran tantas estas industrias que más habría valido señalar las afectas al reposo", comenta el abogado Luis Carcovich en su Memoria de Prueba del año 1918. El 20 de diciembre de 1916, el Congreso Nacional da curso a la Ley de Salas-Cunas, que obliga a los talleres que empleen 50 o más mujeres mayo-



En el Valle del
Choapa, 1965.

res de dieciocho años a disponer de estas salas para que las madres puedan alimentar a sus hijos.

En 1917 el Ministro de Industrias de la época, el demócrata Luis Malaquías Concha, dictó un decreto supremo que ordenaba: “. . . *mientras se emite una ley de protección a los niños obreros, el Estado está obligado a dar el ejemplo*”, y, por lo tanto, prohíbe el empleo de niños menores de doce años cumplidos en la maestranza de Ferrocarriles. En la industria privada la situación era diferente: en 1918, los 4.500 obreros de las fábricas de calzado de Santiago declararon una huelga que duró 130 días, defendiendo un pliego de peticiones que, en una de sus partes, decía:

“—*Admisión exclusiva de niños (mayores) de 15 años, con excepción de los que ya están trabajando.*

”—*Instalación de salas-cunas.*

”—*Jornada de nueve horas para los menores.*”

El político demócrata Juan Enrique Concha S., en una conferencia sobre economía social dictada en 1919, expresaba: “*Por mi parte, jamás he sufrido una impresión más fuerte que al visitar una fábrica de botellas después de medianoche. Pude ver allí una cantidad de pequeños, algunos de ocho años, que, al lado de los hornos de fundición, semidesnudos, sudaban copiosamente, con sus caras tiznadas, sus semblantes demacrados, sus ojitos soñolientos y que debían seguir en su tarea, tan dura para su tierna edad, hasta el aclarar del nuevo día. . .*”

Carlos Ibáñez del Campo en 1931 promulgó el Decreto con Fuerza de Ley N.º 178, que reglamentaba el trabajo de los menores de dieciocho años y que sirvió de base al Código del Trabajo. Sin embargo,



Una niña juega en un aserradero; un muchacho trabaja en un basural.

a pesar de las leyes y reglamentos, en este mismo año 1972, innumerales niños de trece y catorce años trabajan como mensajeros y aseadores de pequeñas oficinas y negocios, con jornadas de hasta doce horas, reciben ínfimos salarios y no se les da tiempo para asistir a la escuela; en 1970 y 1971 en algunas oficinas salitreras todavía *“hay niños de corta edad que trabajan en las faenas del salitre chancando caliche o limpiando bateas”*, informa Remigio Albornoz, dirigente de la Federación Minera.

Un muy antiguo sistema de explotación de las familias obreras es el llamado *“trabajo a domicilio”*, que consiste en tareas entregadas por alguna industria para hacer en casa, tales como armar pequeños artefactos, pintar caras de muñecas, coser piezas de ropa, pegar botones, etc., en las que trabaja toda la familia y que evitan a los industriales pago de salarios mínimos, imposiciones y otras regalías. Hace algunos años el diario *El Siglo* hizo una denuncia en la que cuatro hermanos de quince, trece, once y nueve años trabajaban el día completo para ganar, entre todos, 24 escudos a la semana; dice *El Siglo*: *“Miramos las manos de los niños; es como un latigazo a la conciencia. Son manos expertas, manos de horas y horas de trabajo, manitos que deberían sólo saber jugar y ya son manos adultas; maduradas de golpe para ganar-se el sustento”*.

● *El fatídico año 1960*

Ese año comenzó muy mal para los asalariados chilenos: para un alza del costo de la vida del 33,3 por ciento, el Gobierno de Jorge

Alessandri decretó un reajuste de sólo 10 por ciento. Este hecho obligó a los gremios a expresar su protesta por medio de una ola de huelgas que el Gobierno calificó de “*subversivas*”. De todos los movimientos huelguísticos de ese año, sin duda que el más dramático es el protagonizado por los obreros del carbón, tanto por sus trágicas consecuencias como por las abominables medidas tomadas por el Presidente Alessandri para quebrarlo. Esta huelga de 174 días de duración afectó a más de 70 mil personas, entre los obreros de Lota, Schwager, Pilpilco y Plegarias y sus familias. Desesperados los mineros, a los 35 días de huelga se entrevistaron con el Presidente, quien les ofreció el mismo reajuste del 10 por ciento, lo que para ellos significaba tan sólo 100 pesos más de aumento por día. Un dirigente manifestó a los periodistas: “*Mientras el Presidente nos hace venir, la mortalidad infantil, que siempre ha sido grande en Lota, aumentó en este tiempo en un niño diario, un niño se nos muere todos los días por no poder darle de comer*”. El 24 de abril *Clarín* titulaba: *Los Niños Mueren de Hambre en Lota*. Los mineros tomaron la dramática decisión de enviar a sus hijos fuera de la zona para salvarles la vida, y, así, varios miles de niños estaban lejos de la cuenca del carbón el trágico amanecer del 21 de mayo de 1960. Al hambre, el frío y la lluvia, venía a sumarse la furia del terremoto que destruyó todos los pabellones de Lota y la mayoría de los de Coronel. La zona minera quedó aislada al cortarse el puente carretero del Bío-Bío; la única comunicación posible estaba en el puente del ferrocarril, circunstancia que aprovechó el Gobierno de Alessandri para tomar la repudiable actitud de cortar el suministro de alimentos, en complicidad con el Director de Ferrocarriles de la época, como

un intento de romper la huelga, lo que no logró. Al terminar el conflicto, los niños comenzaron a regresar a sus hogares, pero muchos no volvieron nunca más. Ese mismo año 1960 en Ancud, Chiloé, un niño nació un día cualquiera, nadie supo cuándo; su nombre:

Pascual

Testigo: —Por aquel entonces mi madre dirigía una escuela-hogar para niños irregulares en Ancud. Usted sabe, escuela pobre. . .

Pregunta: —¿Quién es Pascual?

Testigo: —Cerca de nuestra casa había un misterioso cobertizo, algo así como una rancho pequeñita, una habitación en mitad de la pampa, a un costado del camino que baja desde la Población Bórquez Solar al Fuerte de San Antonio. Naturalmente, todo Ancud la vio más de una vez; desde la mañana a la noche lucía un gran candado en la puerta y mucha gente contaba que adentro vivían algunas personas, tal vez niños, a juzgar por los ruidos.

Pregunta: —Pero ¿nadie llevó su curiosidad más allá?

Testigo: —Exacto. Por entonces mi madre recogió en la escuela a dos pequeños: una chica de cuatro años y un niño de cinco. Al interrogar al niño, éste dijo que vivía en el cobertizo. Así logramos saber que eran cuatro hermanos y que la madre trabajaba como doméstica en la Población, desde la mañana hasta la noche. Al salir muy temprano, los dos mayores, lloviera o tronara, quedaban en la calle, librados a su suerte. Los dos menores, bajo candado, hasta que la madre regresaba a eso de las doce de la noche.

Nunca se soñó
podían suceder
sas tan terribles
como lo que
ocurrió a Pasc

Pregunta: —Es decir, una jornada de más de diez horas diarias...

Testigo: —Yo diría que más de quince o dieciséis horas diarias. Después de aquella revelación decidimos investigar. Descerrajamos el candado y encontramos a los dos pequeños sobre la única cama del cuartito. Habrá que decir que el 'cuarto' era una suerte de cajón, con piso de tierra y huecos por donde se colaban el viento y la lluvia. De los dos niños, la mayor estaba en mejores condiciones, porque podía arañarse por el piso y rastrojar restos de alimentos, pan duro, cáscaras de papas. Pascual tenía nueve meses; era el retrato vivo del hambre, una especie de monstruosa reproducción en vivo de aquellas fotografías de niños biafranos: las piernas, sólo huesos y piel; el vientre muy hinchado y los ojos enormes. Los pañales estaban apelmazados en las nalgas, con los orines y excrementos resecos y podridos; solamente atinaba a succionar y nos miró con una desesperación interminable. Mi madre lo llevó al hospital y el caso trascendió a la prensa; hubo una campaña de ayuda a nivel de toda la población, que reaccionó ante la brutalidad de la evidencia. Pero Pascual no tenía salvación y murió antes de un mes, pese a todos los esfuerzos. Los médicos afirmaron que se dan con mucha frecuencia casos semejantes en Chiloé. La madre resultó ser una joven analfabeta, madre soltera desde los diecisiete años, con cuatro hijos de padres diferentes y otros tantos abortos. Los patronos no le permitían salir durante el día, ganaba una miseria. Luego de la muerte de Pascual, ella volvió a su albergue y, al poco tiempo, nadie volvió a hablar del caso.



Capítulo
LOS
GRANDES
problemas
EDUCACION
y SALUD

Los niños que han ido surgiendo de las páginas de este libro, así como sus contemporáneos, padecieron problemas que, a medida que aumenta la población infantil, se acentúan más y más: mortalidad, limitación física y mental, falta de escuelas, niños abandonados, explotados, todos, de alguna manera, quedan involucrados en dos amplios frentes: educación y salud. Las autoridades educacionales y de la salud siempre han tenido conciencia de las limitaciones correspondientes a sus sectores y la falta de medios, y han trabajado de acuerdo a la realidad, con mayor o menor éxito, según la sensibilidad del Gobierno de turno.

● *La escuela primaria*

*Mambrú se fue a la guerra,
no sé cuándo vendrá,
si será por la Pascua
o por la Trinidad. . .*

Cinco, diez figuritas giran mientras cantan la vieja canción. Las amplias faldas revolotean al mismo compás de las largas cabelleras atadas con cintas de colores. Los piecitos calzados con graciosas botas de caña danzan cada vez más rápido, la ronda se vuelve vertiginosa, hasta que una de las bailarinas cae al suelo, arrastrando a sus compañeras, en medio de grandes risas. Algo más lejos, grupos de niños están concentrados en su juego de bolitas, mientras otros se entregan a violentas luchas cuerpo a cuerpo en que quedan muy malparados los solemnes tongos negros.



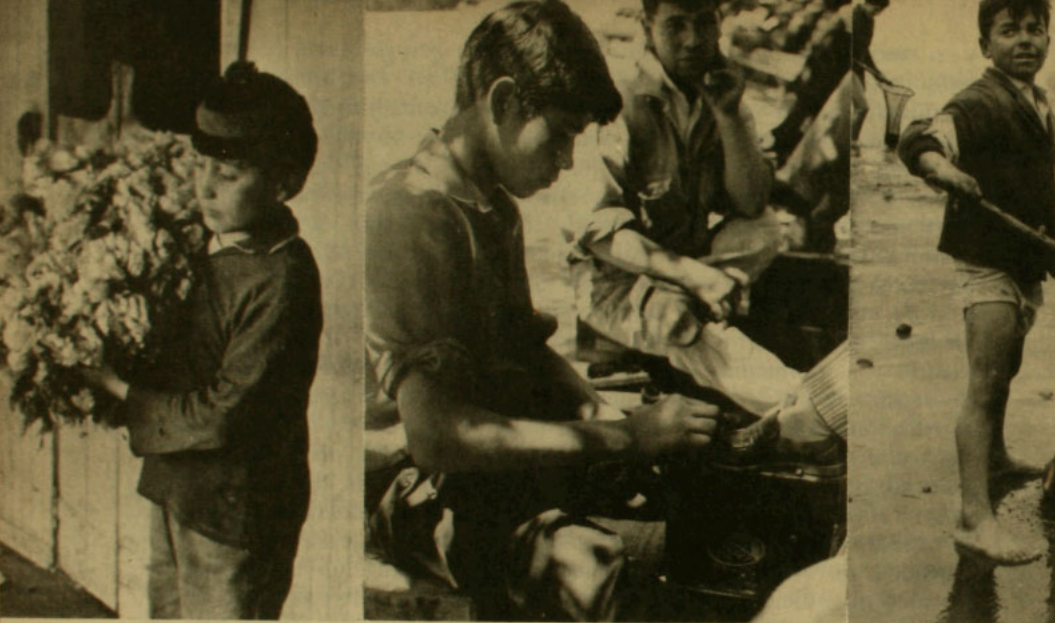
El enorme patio resuena con la algarabía de cien niños y niñas. Estamos en una escuela primaria, año 1910. Es una de las ochenta escuelas que se construyeron bajo el Gobierno de José Manuel Balmaceda y que el pueblo, tal vez en un íntimo homenaje a la memoria de aquel hombre, bautizó como “*escuelas Balmaceda*”. Es el clásico edificio de un piso, muchas ventanas enrejadas y un gran portón central en cuyo frontis se encuentra el escudo nacional sobre fondo amarillo y, arriba, un asta, muy derecha o ligeramente torcida, destinada a izar la bandera en las festividades patrias.

Luis Morales, director del Museo Pedagógico, hace una breve reseña de la historia de la escuela primaria en Chile:

—Nació con los españoles; apenas iniciada la conquista, establecieron escuelas de ‘mostrar a leer’. Existe una ordenanza de 1580 donde se obliga a fundar escuelas en todos los sitios donde vivan más de cincuenta personas. En la escuela colonial se enseñaba a leer, escribir y rezar. Los cabildos y comunidades religiosas estaban obligados a instalar estas escuelas de acuerdo a la ordenanza de 1580. El método era bastante curioso: los alumnos recibían títulos o grados, como ‘emperador’ o ‘porta-guión’, según los medios de fortuna de que dispusieran sus padres; los alumnos pobres no llevaban títulos, pero los utilizaban para mantener aseadas las salas. El sistema de aprendizaje se hacía por medio de las ‘cartillas’ o ‘catones’, que eran muy escasos en Chile; luego los cursos se dividían en dos bandos, que recibían nombres como ‘Roma-Cartago’, ‘San Casiano-San Santiago’, etc., entre los que se establecía una competencia por un sistema llamado ‘remate’, en el cual un alumno de un bando hacía una pregunta a otro del bando contrario.

y en caso de que no supiera la respuesta se le golpeaba con la 'palmeta'. Este método de enseñanza se mantuvo casi sin variaciones hasta que Sarmiento escribe su Método de Lectura y, acontecimiento muy importante para la pedagogía, funda la primera escuela normal en 1842.

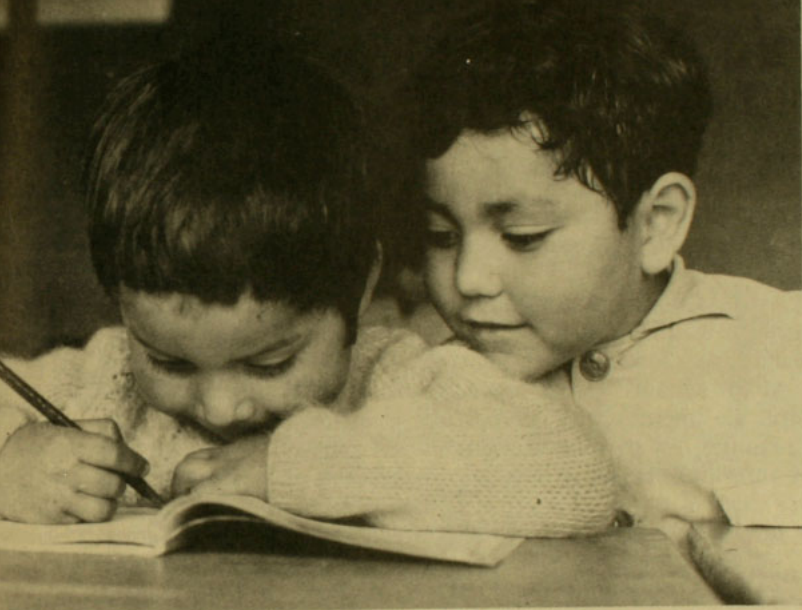
Bajo el breve gobierno de José Miguel Carrera, durante la Patria Vieja, si no hubo innovación en el método de enseñanza, existió gran preocupación de parte de este Padre de la Patria por extender la educación a los trabajadores y ordena en noviembre de 1812: "*Para auxiliar a los pobres, sería conveniente que el Cabildo costeara la impresión de mil cartillas y mil catones para distribuir de quando en quando en las escuelas. . .*"; fundó el Instituto Nacional para "*. . . proteger la industria y. . . domiciliar entre nosotros los conocimientos útiles*"; el 21 de agosto de 1812 dicta un decreto ordenando abrir escuelas "*para la instrucción de la mujer*", en el que dice: "*. . . a exemplo de lo que se ha hecho en los conventos de regulares, destine cada monasterio en su patio de fuera o compazes una sala capaz para situar la enseñanza de las niñas. . .*" Dispuso hacer el primer censo escolar, donde comprobó que la capital de 50 mil habitantes poseía sólo siete escuelas con una concurrencia de 664 alumnos. Se preocupó de la situación económica de los maestros, diciendo que existirían más personas interesadas en la enseñanza "*si el empleo del tiempo en educar niños y prepararlos para las ciencias y profesiones útiles tuviese en el concepto de las gentes la misma estimación que otras carreras. . .*" Por último, su gran amor por la libertad del país lo llevó a escribir de su propia mano un *Catecismo Político* para uso de los escolares, que comenzaba con las siguientes preguntas: "*¿De qué nación es usted?, Soy americano; ¿cuáles son sus*



Más trabajo infantil: en una industria de lanas.

deberes como tal?, Amar a Dios y a mi Patria, consagrar mi vida a su servicio, obedecer las órdenes del Gobierno y combatir por la defensa y sostén de los principios republicanos”.

Un presidente que mostró verdadero interés en la educación popular fue don José Manuel Balmaceda, que sostenía en uno de sus Men-



Lustrabotas: no es un trabajo que les asegure el futuro.

Niños chinchorros recogiendo carbón.

A estas alturas, cada letra que se escribe se siente como una proeza.

sajes al Congreso: *“La educación pública constituye el más seguro fundamento de los derechos individuales y la más seria garantía de la prosperidad general”*. Consideraba necesaria la especialización de los profesores y la *“introducción de métodos experimentales”*, e indispensable *“barrer de las salas de clases todo espíritu de intolerancia y sec-*

tarismo". Dobló el número de profesores primarios y contrató pedagogos europeos, principalmente alemanes, para introducir nuevos métodos de enseñanza en las escuelas normales.

El año 1920, bajo la presión de los partidos populares, se estableció la ley que en su artículo 1.º dice: "*La educación primaria es obligatoria*"; pero habían de pasar años antes de que se pusiera en práctica, debido a la escasez de establecimientos escolares y elementos de enseñanza, falta de profesores, así como la carencia de un censo de niños en edad escolar.

Uno de los más importantes slogans de la campaña presidencial de don Pedro Aguirre Cerda fue el famoso "*Gobernar es Educar*". Al asumir el mando, se abocó a poner remedio al deplorable estado de la educación primaria chilena: pocas escuelas, escaso número de profesores, bajo nivel de matrículas y demasiada inasistencia. Refiriéndose a este último punto, en su primer Mensaje al Congreso Nacional, dice: "*De los informes remitidos por los Inspectores Provinciales de Educación, se llegó al triste resultado de que 180 mil niños, el 40 por ciento de la población escolar, carecen del abrigo y alimento necesarios para seguir con éxito sus estudios*", y agrega: "*El Gobierno consulta la modesta suma de un millón de pesos, insuficiente, a todas luces, para atender la indigencia de tantos escolares. Es de esperar que el Congreso proporcione los elementos necesarios para ofrecer a nuestros niños el pan y el abrigo que requieren en el período más crítico de su vida*". En 1939, pese a que el país sufrió una de sus más grandes catástrofes con el terremoto de Chillán, el Gobierno persistió en su propósito de mejorar los servicios educacionales; aumentó el número de



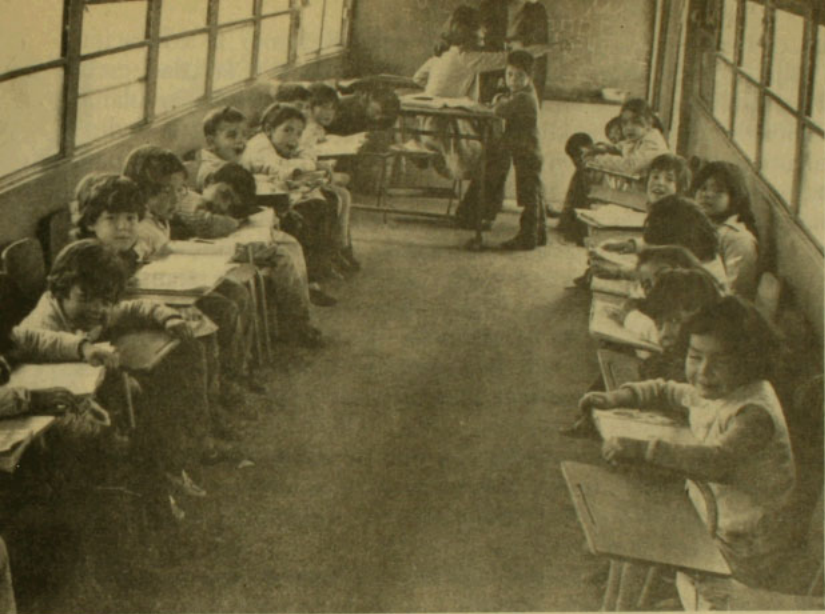
Los populares "Súbete, cabrito" recogiendo escolares.

profesores, se construyeron escuelas y refaccionaron algunas que no trabajaban por insalubres. En su Mensaje del 21 de mayo de 1940, se refiere a la situación económica del profesorado con palabras que se parecen singularmente a las pronunciadas por José Miguel Carrera sobre la misma materia: "... *la falta absoluta de medios materiales se*

Buena solución de emergencia: buses transformados en aulas.



sumaba a cierto concepto de indiferencia cuando no de menosprecio por la función docente..." Informa que se imprimió una orientación económica y práctica a la escuela primaria, al fundar escuelas-talleres, liceos industriales y escuelas-granjas. El desayuno escolar, que el año anterior contaba con un millón de pesos, para 1939 era de seis millo-



Un bus-escuela en el campamento Siete Canchas.

nes, de los cuales se destinaron tres millones a la confección de "130 mil piezas de ropa, chombas de lana y abrigos" para los niños indigentes.

El Gobierno del Presidente Eduardo Frei concedió bastante importancia a la construcción de locales escolares, con lo que se logró la incorporación a la escuela de grandes contingentes de niños, aunque

no cubrió el total de las necesidades del país. Reformó la educación primaria, aumentando cursos hasta octavo año básico y la edad escolar hasta los quince años. También dio auge a la educación parvularia.

El Gobierno de la Unidad Popular, al asumir el mando, se dedicó primeramente a la construcción masiva de escuelas de emergencia para cubrir las necesidades totales; la utilización de los buses dados de baja como salas de emergencia para uso de las poblaciones y campamentos, dio como resultado la integración a la escuela de gran cantidad de niños que, por razones familiares o lejanía de los medios de transporte, no asistían a clases. El Gobierno, por intermedio de la Empresa de Transportes del Estado, se ha preocupado de proporcionar movilización a los niños estudiantes con los buses ya conocidos como los "Súbete, cabrito", medida que será incrementada según aumenten las disponibilidades de la Empresa.

Una de las mayores dificultades con que tropiezan los profesores y autoridades educacionales es la "deserción escolar". Jorge Peralta, joven técnico del Ministerio de Educación, está abocado al estudio del problema:

—La inescolaridad está prácticamente erradicada, lo que nos preocupa es la deserción que, para nosotros, significa un niño que asiste a primero y segundo año básico y no vuelve a la escuela; ese niño es casi analfabeto; estamos averiguando las causas del fenómeno y los lugares donde se produce, porque crearemos escuelas en las zonas que corresponda para dar facilidades a los niños. Los nuevos planteamientos educacionales se refieren a incorporar la cultura a las grandes masas, esto se refleja dando posibilidades reales a los niños; el Gobierno anterior



medio litro de
: medida cla-
para la salud
til.

incrementó las matrículas a nivel medio, dando énfasis a la idea de la educación académica, no popularizaron la educación; para ellos el problema radicaba en tantos niños, tantas matrículas, no se preocuparon de la deserción.

Una gran arma para terminar con la deserción escolar es la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas, que fue creada por ley en octubre de 1964, bajo el Gobierno de Jorge Alessandri, quien solicitó a una comisión de expertos el estudio de los problemas más graves que afectaban a la educación y la búsqueda de las soluciones correspondientes. La Junta comenzó a funcionar en 1965 en forma más bien modesta, aumentando progresivamente hasta 1970, en que proporcionó, entre otros beneficios, 1.300.000 desayunos; en 1972, el número de desayunos llega a 2.118.000. Sonia Morales, relacionadora pública de este Servicio, puntualiza:

—Este es un organismo prácticamente único en el mundo, su principio fundamental es: igualdad de oportunidades ante la educación. A los niños se les provee de alimentación, material didáctico y ropa de abrigo, además de overoles y delantales. Se están desarrollando planes en coordinación con el Servicio Nacional de Salud para la atención médica y dental en las mismas escuelas por medio de vehículos especiales que son verdaderas clínicas móviles. El fin de todo esto es llegar a la terminación de la inescolaridad y la deserción.

La Junta está encargada, además, de distribuir la leche correspondiente al grupo de niños de seis a catorce años, a los cuales se les entrega un kilo de leche mensual; también tiene la responsabilidad de



La alimentación del niño es uno de los factores que determinan su estructura salud física y mental.

difundir la importancia de este alimento, su uso y la necesidad de ejercer el derecho a recibirlo.

● *La salud*

“Puedo repetir aquí lo que nuestro pueblo dolorosamente sabe. En Chile, país de diez millones de habitantes y donde ha existido un nivel



Atención a los pequeños en una policlínica: hace falta que haya más y más de éstas.

alimenticio, sanitario y educacional superior al término medio de los países en desarrollo, hay 600 mil niños —hijos de chilenos, niños del pueblo— que, por falta de proteínas en los primeros ocho meses de su vida, jamás alcanzarán el pleno vigor mental que genéticamente les habría correspondido”, expresó el Presidente Salvador Allende en su discurso de apertura de la Unctad III.

Esta terrible situación es producto del estado de desnutrición endémico de nuestro pueblo. El Gobierno, a través de los servicios de salud y educacionales, está elaborando programas y llevándolos a la práctica, para evitar que el mal siga expandiéndose y, al mismo tiempo, atender los 600 mil casos citados.

José Hernán Bustamante, jefe de la Sección Educación Experimental, tiene a su cargo la ejecución del programa de educación y rehabilitación que debe aplicarse a estos niños y plantea la situación de la siguiente forma:

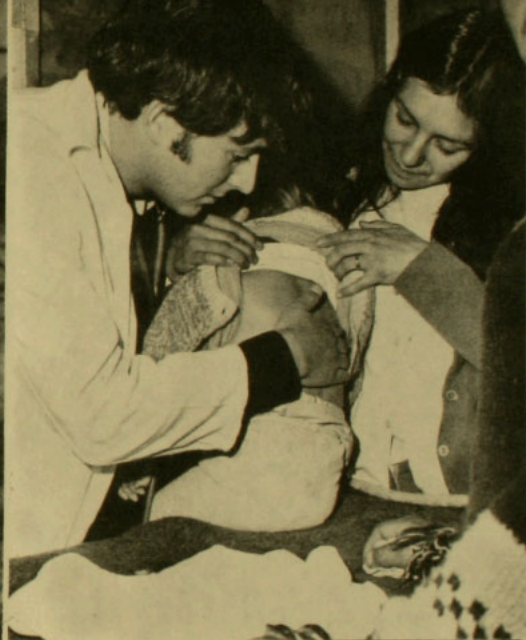
—El problema es sumamente complejo; en 1971, según estudios de la Universidad de Chile, había en Chile más de 300 mil escolares parvularios y básicos necesitados de algún tratamiento sicopedagógico; se atendieron 30 mil. El presupuesto de Educación no cubre las necesidades mínimas y la atención no es suficiente para obtener una rehabilitación total; tenemos establecimientos especiales ubicados desde Iquique a Punta Arenas, necesitamos mil más, 15 mil profesores, aparte de los que están trabajando, y los implementos y materiales necesarios para tratar cada incapacidad.

Los niños limitados pueden padecer de impedimentos físicos, intelectuales, deficiencias sensoriales o de pronunciación; la enormidad del problema queda establecida por el profesor Bustamante cuando dice:

—*En 1972, tenemos 120 mil deficientes mentales sin atención de ninguna especie.*

Ese gigante que es el Servicio Nacional de Salud extiende sus redes protectoras sobre el niño: lo cuida cuando está enfermo, lo pro-

**A pesar de
un juguete**



"Respira profundo", pide el doctor al auscultar a un niño.

tege si necesita protección, combate la mortalidad infantil, le proporciona leche para que crezca fuerte y sano y enseña a las madres a utilizar los alimentos de la tierra y el mar. Como en todo orden de problemas, la mayor dificultad del Servicio radica en la falta de presupuesto. Según el Dr. Alfonso González Dagnino, en una entrevista



Durante una jornada de salud en las poblaciones.

concedida al diario *El Siglo*, "los obreros, campesinos, no asegurados y un vasto sector de la población cuentan con 400 escudos anuales per cápita para la atención de la salud; para los mismos propósitos, la clase privilegiada dispone de más o menos 2.000 escudos. La proporción es de uno a cinco".

La desnutrición, que incide dolorosamente en el desarrollo del niño, tanto físico como intelectual, ha sido preocupación primordial del Servicio, que combate este mal en todos los frentes con su equipo de médicos y nutriólogas, al mismo tiempo que trabaja por integrar a la comunidad en la solución del problema. Una de las últimas investigaciones, efectuada a comienzos de 1972 en la población José María Caro, dio como resultado que el número de niños en estado de “*mediana desnutrición*” había bajado en un apreciable porcentaje entre 1971 y 1972, de tal manera que el centro de recuperación que pensaban instalar en dicha población será ocupado por un jardín infantil, donde esta cantidad de niños con mediana desnutrición tendrán atención preferente.

—*El niño desnutrido* —dice Oriana Gajardo, nutrióloga del Servicio— *presenta un aspecto físico notorio: peso y talla muy por debajo de lo normal, aspecto triste, piel reseca; es por eso que nosotros no deseamos seguir hablando de desnutridos, sino que de ‘subnutridos’, que es el verdadero estado de muchos niños, fácilmente recuperables, y en eso estamos empeñados.*

Chile ha mostrado por muchos años el record de mayor porcentaje de mortalidad infantil en América y uno de los más altos del mundo. Sin embargo, en 1971 la tasa de mortalidad infantil descendió de 79.3 en 1970, a 71.0. El Dr. Rubén Puentes, jefe del Programa de Fomento de la Salud, se refiere al significado de esta notable baja:

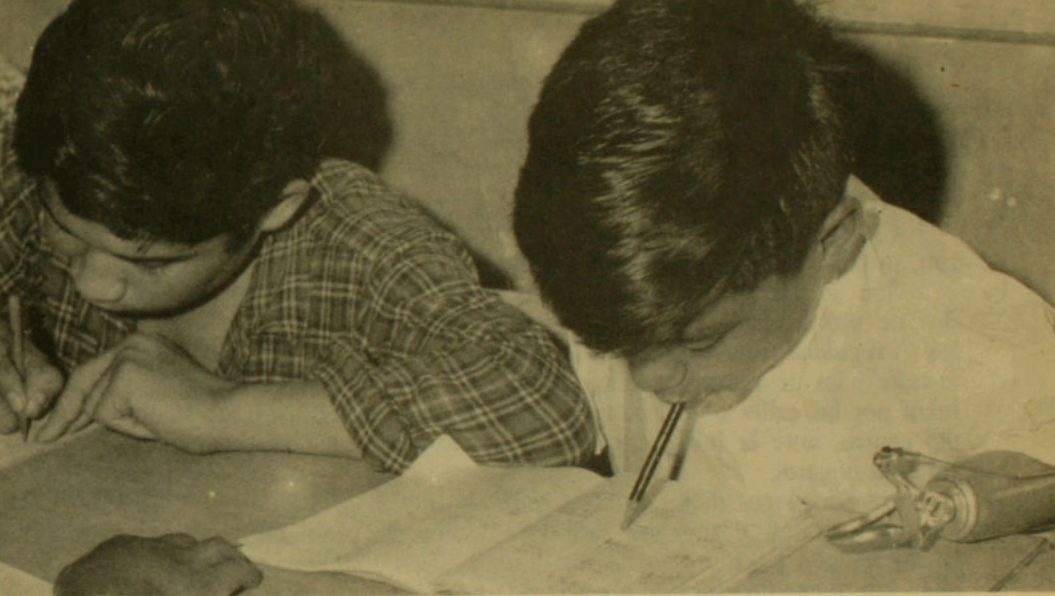
—*Son 1.513 niños salvados de morir antes de cumplir un año de edad, es como si fuera la cantidad de alumnos de un liceo; pero más importante que la cantidad, es el hecho de que éste ha sido un trabajo*

del Servicio y de la comunidad integrada a la lucha contra esta tara. Las enfermedades que más inciden en la mortalidad son la bronconeumonía y la diarrea, y son precisamente éstas las que han experimentado el mayor descenso; esta baja no es estacional, sino debida a la campaña del Gobierno a través del Servicio y a la incorporación de la comunidad por medio de los voluntarios de la salud, los comités locales, etc. Hay otro punto también muy interesante: en la mortalidad neonatal, es decir, los niños muertos antes de cumplir un mes de vida, la tasa estaba estancada, y en 1971, por primera vez, se produce un descenso muy importante; digo que esto es importante porque significa dos cosas: primero, que el trabajo de la comunidad con el Servicio ha sido exitoso, y segundo, que la atención médica ha mejorado, porque la mortalidad neonatal se produce precisamente por falta de atención de la madre y el niño en el momento del parto.

● "A mí, señor, nunca me quiso nadie"

Plaza Bulnes de Santiago, 3 de la tarde; fecha, un día cualquiera del verano de 1969. Tres niños se desplazan ágilmente detrás de una pelota de trapo, en medio de la calle desierta abrumada por el calor. Este cuadro no tendría nada de extraño si no fuera porque a cada uno de los tres niños le falta una pierna; hay algo dolorosamente cómico en la alegría con que corren detrás de ella y en los equilibrios increíbles que deben hacer sobre sus patas de palo para lograr chutearla. Cuando se cansan de jugar se sientan en la acera, lo que aprovecha una señora que los observaba muy interesada.

Aunque cues
aprende a es



—¿Qué te pasó? —La pregunta va dirigida a un moreno de ojos vivaces; el flaco cuerpecito le asoma entre las roturas de la camiseta.

—Me caí de la micro. . .

—¿Y te cortó la pierna?

—No, me la cortaron en el hospital.

—¿Y ustedes, también los atropelló la micro?

—A mí me atropelló un auto —dice muy orgulloso el más chiquito, de unos siete años.

—A mí también me atropelló la micro. . . —cuenta el tercero.

—Pero esto es terrible. . . , y ¿cómo se conocieron?

—Aquí nos conocimos —informa el moreno—. Venimos a pedir a las colas.

—¿No tienen casa, se arrancaron?

El moreno se arrancó porque le pegaban mucho; al segundo lo echaron, su papá vive con una señora, y el más chico no sabe si tiene mamá.

Son solamente tres de los casi 400 mil niños chilenos necesitados de protección. Para los organismos encargados del problema son los “irregulares sociales”; para el público, simplemente, “los niños de la calle”; los pequeños y niñas que, en lo más crudo del invierno, pululan por las calles o duermen apiñados en los umbrales de las tiendas del centro, ante la indiferencia de los transeúntes que corren presurosos a sus hogares.

Los sociólogos dicen que los niños no huyen de la miseria sino de los malos tratos, y muchos padres, acosados de problemas, extreman su dureza con los niños, o no los quieren y los abandonan. Esta situación, tan quemante, ha sido atacada de una y otra manera por los gobiernos y entidades particulares, como el Consejo de Defensa del Niño con su “Ciudad del Niño” y otros hogares y servicios: “Mi Casa”, “Hogar de Cristo”, “Niño y Patria”, el Servicio Nacional de Salud y otros. Toda la ayuda logra cubrir poco más de un 10 por ciento del problema total. Estas organizaciones operaban bajo distintos reglamentos hasta el 8 de marzo de 1967, cuando se promulgó la ley que creó



Donde la miseria
salta a la vista.

el Consejo Nacional de Menores, encargado de *“planificar, supervisar, coordinar y estimular el funcionamiento y la organización de las entidades y servicios públicos o privados, que presten asistencia y protección a los menores en situación irregular”*. La misma ley creó la Policía de Menores y dio autoridad a este organismo para recoger a los niños vagos; apareció *“la mosca azul”*, que se convirtió en el te-

ror de estos vagabundos de corazón; por ningún motivo querían ser llevados a los hogares: “*Chiis, ¿no ve que me llevan preso?*” “*La mosca azul*” es el nombre que dan los niños de la calle a las camionetas azules de Carabineros que rondan en horas de la noche recogiendo niños para llevarlos a los hogares de tránsito, mientras disponen su ubicación definitiva.

Samuel Gajardo, uno de los jueces de menores con más larga experiencia, en el año 1937 hizo una clasificación de los niños necesitados de protección en: abandonados, indigentes y delincuentes. Según Gajardo, “*las deficiencias del hogar constituyen la fuente más fecunda del abandono de los niños y de la delincuencia precoz*”. Los elementos que forman un hogar son alimentación, vestuario, bienestar, cariño: “*cuando en el hogar reina la miseria, faltan todos los elementos. Entonces, los hijos, apenas saben andar, tienen que salir a buscar el alimento y la vida familiar desaparece. Pero hay veces en que el hogar no solamente es deficiente, sino que no existe para el niño. Ello proviene con frecuencia de las uniones ilegítimas; entre nosotros este mal asume trágicos caracteres, debido al criterio de nuestra arcaica legislación, que prohíbe toda investigación de la paternidad, que es para el hombre un problema sin consecuencia*”. Dice sobre el niño delincuente: “*Hay que rechazar toda idea de represión y castigo, el niño no es más que la consecuencia del ambiente en que se forma. Castigarlo resulta, entonces, una injusticia. El reformatorio es para estos niños la única medida eficaz y su reclusión debe prolongarse todo el tiempo necesario para consumir la obra de readaptación social*”.



Ni pan, ni techo, ni abrigo.

● *Hogar de niñas*

El edificio de tres pisos se ve blanco y fresco entre los árboles que forman un círculo a su alrededor como para protegerlo del mundo. En la puerta, varias niñas vestidas con delantales azules y blancos no se diferencian de las alumnas de cualquiera escuela pública; sonríen amistosamente y una de ellas corre con presteza al interior llamando: "Mamita... mamita... la buscan...". cuando pregunto por la señora Gabriela, directora del Hogar para Niñas en Situación Irregular, a cuya puerta nos encontramos. La directora es una profesional de jerarquía y se expresa con calor sobre esta tarea que la ocupa hace más de treinta años:

—Tenemos 50 niñas de cuatro a trece años, la mayoría viene de hogares con terribles problemas que, a toda costa, deben olvidar si queremos hacer algo por ellas, pero contamos con muy pocos elementos; el presupuesto de alimentación es mínimo y con él debemos hacer maravillas; no tenemos médicos; no hay dinero para recreación; prácticamente, lo único que logramos con estas niñas es alejarlas del ambiente fatal en que vivían y proporcionarles el alimento y la atención que nunca tuvieron. Hace falta mayor ayuda del Estado y, sobre todo, necesitamos médicos siquiátras y pediatras.

"Hay casos de una gravedad extraordinaria que deben ser tratados profesionalmente; le voy a relatar algunos. Una niña, nosotros la llamamos Marieta, no sabe su nombre, creció en los basurales; cuando llegó a este Hogar casi no sabía hablar, pasó mucho tiempo antes de que lográramos hacer algo por ella. Como una forma de ayudarla, la



Al aguaito.

enviamos a la escuela de la población y allí, en contacto con otras niñas, cambió de tal manera que ahora, lo digo con orgullo, es la primera alumna de su curso. Tenemos el caso de Rosita, de trece años, hija única; a los diez años fue violada por su padre y tiene espanto de verlo nuevamente, no quiere volver a su casa, para ella el hogar está aquí. Un problema sumamente complejo que nos ha traído muchas dificultades es el de Sónia: tiene seis años, fue violada muchas veces por su padrastro desde que tenía cuatro años; la pobrecita esta llena de costumbres perversas que trata de enseñar a las demás niñas; si se le pregunta la razón de su conducta, contesta que su papá le enseñó; nadie la saca de eso y no hemos logrado hacerla cambiar; necesita un médico urgentemente; se la voy a traer para que la conozca.

Sale la señora Gabriela y, al poco rato, retorna con una niña hermosísima, de largo pelo negro y dulces ojos azules. A una pregunta mía, cambia de expresión y, echándome una sorprendente mirada de mujer de experiencia, exclama: "Yo sé lo que quieres saber...", y se escapa riendo a carcajadas.

—¿Ve? —me dice la señora Gabriela—, éste es el problema, ella sabe lo que hace y comprende que su conducta es motivo de curiosidad; como el caso de Sonia, tenemos otros parecidos. Todas las niñas tienen un problema detrás de ellas, pero hay algunos que son realmente dramáticos: María tiene nueve años, su madre la abandonó, hace mucho dice ella, no sabe quién es; estuvo vagando por las calles desde los tres años; era tal su estado al llegar a nuestro poder, que la creíamos retardada mental. Un día comenzamos a enseñarle a leer y fue como si le hubiéramos abierto un mundo maravilloso; se entusiasmó tan-



En los hogares de Carabineros para niños; bañan a un recién llegado. Sube la escalera con un compañero "antiguo".

to que la enviamos a la escuela, ahora es una muy buena alumna. Otro caso, una niña de trece años a quien abandonó la madre; su obsesión es encontrarla. En el Hogar tenemos cuatro hermanitas, dos mellizas de cinco años y las más grandes, de ocho y diez. Esta familia vivía en Osorno; un día se les incendió la casa y, al poco tiempo, asesinaron al



▼ Parece decir: "¿Qué es lo que quieren de mí?"

Ronda infantil en el Hogar "Pedro Aguirre Cerda".



padre; la madre vino a Santiago a pedir auxilio y nos mandaron a las niñas desde un juzgado de menores. Otra niña, Pamela, huye de todos los hogares donde ha estado internada; no sabe de sus padres ni de su vida anterior, su única preocupación es encontrar un modo de huir. En fin... —concluye la señora Gabriela—, cada niña es un pro-



En el Hogar de Niños
Huérfanos "M o i s é s
Espinoza".

blema que debería ser tratado a nivel médico, por eso vuelvo a repetir: médicos y ayuda estatal son nuestras necesidades más urgentes.

El Servicio Nacional de Salud, por su parte, cuenta con establecimientos llamados Centros de Tratamiento y Rehabilitación, para niños y niñas acusados de delitos que recorren toda la gama, desde el robo al homicidio, pasando por la prostitución; son pequeños vagabundos entre doce y dieciséis años de edad que envían los juzgados de menores para tratamiento; algunos de los niños tienen hasta dieciocho años, son los casos en que el juez determina que no tienen discernimiento. Los muchachos permanecen en estos centros hasta la mayoría de edad o hasta su recuperación total. Además, el Servicio tiene la tución de las Casas de Menores de Observación, Distribución y Tránsito, que alojan a los niños en situación irregular, a la espera de una ubicación definitiva.

Aparte de estos establecimientos, el S.N.S. cuenta con hogares de niños y niñas huérfanos, entre ellos, la Casa Nacional del Niño, adonde llegan los niños abandonados por sus madres en los hospitales, o entregados directamente por ellas, como también los recogidos por Carabineros. En la Casa Nacional del Niño existe un Servicio de Adopción que, en estos momentos, alberga 74 lactantes que están esperando futuros padres. Dispone además de 533 hogares particulares seleccionados, a los cuales se les entregan niños para su crianza como hijos de la familia y por quienes el Servicio paga una pensión mensual.

Este enorme problema del “*niño en situación irregular*” está siendo afrontado activamente a través del Consejo Nacional de Menores, con todos los recursos que le ha proporcionado la nueva ley. En 1971



Parques infantiles:
aumentaron en los
últimos años...



A pesar de todo,
una felicidad que
sólo sabe dar la
infancia.

se efectuaron las evaluaciones del caso a nivel nacional, así como también se adquirieron propiedades para abrir nuevos hogares. 1972 es el año clave en que comenzó la aplicación de las nuevas modalidades para terminar con esta lacra social.



... Pero hay lugares en los que aún no llegan los resbalines y parques de juegos.

● *Jardines infantiles*

La ley que creó la Junta Nacional de Jardines Infantiles comenzó a regir en abril de 1970 y está basada en un proyecto presentado por los senadores Salvador Allende y María Elena Carrera en el año 1969, que fue desechado por el Congreso, pero, recogido posteriormente por la Democracia Cristiana, se convirtió en la Ley N.º 17.301, que proporciona fondos para el cuidado integral de los niños entre cero y seis años de edad, o sea, la primera infancia y la edad preescolar. Para la instalación de los primeros jardines, la Junta ha dado preferencia a las poblaciones periféricas, porque considera que los niños de esos sectores son, lógicamente, los más necesitados de auxilio. Los padres llevan a sus hijos en forma voluntaria a los establecimientos y, según las asistentes sociales, ellos comprenden bien la importancia de la labor, excepto en algunos casos en que las mamás creen sinceramente que los niños serán llevados a Cuba, atemorizadas por una propaganda alienante. En este año 1972, la Junta controla y tiene preparados para su entrega 311 jardines para 26 mil niños, a todo lo largo del país, incluso algunos ubicados en centros de reforma agraria, para los cuales, generalmente, se han utilizado las antiguas casas patronales.

El sistema de selección de los niños depende principalmente de la situación económica de los padres, dando preferencia a los más necesitados así como también del estado de desnutrición del niño. Estos reciben tres comidas diarias, en las que se les da el alimento correspondiente al día completo, pues se supone fundadamente que la última comida puede carecer de valor nutritivo. Pero no sólo se los alimenta;



además, se les forman hábitos de aseo y costumbres y reciben rudimentos de enseñanza escolar; también gozan de atención médica y dental y la ración de leche se les proporciona en el local, entregándose a la madre la parte que corresponde a la cuarta comida. Los niños están atendidos por profesionales, nutriólogas, parvularias y manipuladoras, debidamente entrenadas; para contratar a estas últimas se da preferencia a personas de la población donde está ubicado el plantel. Todos los establecimientos cuentan con centros de padres como una manera de interesarlos en las tareas.

Esta ambiciosa obra requiere un gran financiamiento; Fidelia Herrera, presidenta de la Junta, manifiesta que *“el actual financiamiento no cubre las necesidades de nuestro proyecto; esperamos disponer del programa completo para presentarlo al Presidente de la República y solicitar un aumento de estos fondos para cumplir debidamente con nuestra labor”*.

Las funcionarias de la Junta citan como ejemplo de integración de una comunidad a la labor de los jardines, el hecho de que los pobladores de Nueva La Habana, con trabajo voluntario y sus propios fondos, transformaron en jardín infantil una casa de emergencia proporcionada por Corhabit, la que entregaron al servicio; este plantel atiende cien niños y todas las manipuladoras y auxiliares son habitantes de la población.



Los problemas de salud y protección están vivos, latentes. Son 400 mil niños que, de una u otra forma, precisan ayuda para sobrevivir. El Gobierno, las autoridades educacionales y de la salud tienen concien-

cia de la enormidad de la situación y luchan con todos sus efectivos para superarla; la están atacando por la base al proporcionar el medio litro de leche, pero es tarea de todos los chilenos vencer en esta batalla.



BIBLIOGRAFIA

- *—“*Vida de un Comunista*”, Elias Lafertte; Edit. Austral
 - “*El Pensamiento de Luis Emilio Recabarren*”; Edit. Austral.
 - “*El Movimiento Obrero en Chile*”, Jorge Barria S.; Edit. Universidad Técnica del Estado.
- Folletos:
- “*Protección Legal del Niño y de la Mujer*”, Luis Carcovich; Memoria de Prueba, 1918.
 - “*Conferencias sobre Economía Social*”, Juan Enrique Concha, 1915.
 - “*La Protección Social del Niño Abandonado y Delincuente*”, Juez Samuel Gajardo, 1935.
- Diarios:
- “*Puro Chile*”; “*El Mercurio*” de Santiago; “*El Siglo*”; “*Noticias de Última Hora*”, “*Clarín*”.

INDICE

I Niños de antaño	4
Hijo de un barrio bravo	5
Un conventillo	9
Santiago del 900	12
El pequeño “matasapo”	17
Otras tierras, otros niños	23
Juan de Dios	24
Francisco	25
Candidatos a la muerte	28
El salitre marca el rumbo	30

Un niño y la pampa	34
Niñez agreste	37
Por las tierras de Gabriela	41
"Fui una niña feliz"	45
El salario de la miseria	48
El fatídico año 1960	54
Pascual	56
II Los grandes problemas: educación y salud	58
La escuela primaria	59
La salud	70
"A mi, señor, nunca me quiso nadie"	76
Hogar de niñas	82
Jardines infantiles	72



NIÑOS DE CHILE

Por Cecilia Urrutia.

**EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU
LIMITADA.**

Avenida Santa María N.º 076, Santiago
de Chile. Casilla 10155.

INSCRIPCIÓN N.º 39.959.

Arte y diagramación: ROSARIO TORRES
PEREIRA.

Secretaría de redacción: MARTA MELLA.

Documentalista: HEBERT CORBO PRIETO.

Fotos: ARCHIVO QUIMANTU, "PEPE" CAR-

**VAJAL, CARLOS TAPIA, MARIO SAN MAR-
TIN.**

Este libro se terminó de imprimir en los
talleres de la EMPRESA EDITORA NACIONAL
QUIMANTU LTDA., Bellavista N.º 0153, en
el mes de junio de 1972.

Edición de 50.000 ejemplares.

1.º al 2.º millar.

Precio: Eº 12. Recargo aéreo: Eº 0,50.

Director de la División Editorial: JOAQUIN
GUTIERREZ.

Jefe del Departamento: ALEJANDRO CHELEN
ROJAS.

Jefe de la colección: ALFONSO ALCALDE.



COLECCION "NOSOTROS LOS CHILENOS". Volúmenes publicados:

1. "Quién es Chile".
2. "Así trabajo yo", tomo I.
3. "La lucha por la tierra".
4. "La historia del cine".
5. "Así trabajo yo", tomo II.
6. "Yo vi nacer y morir los pueblos salitreros".
7. "Así trabajo yo", tomo III.
8. "Los araucanos".
9. "Chiloé, archipiélago mágico", tomo I.
10. "Chiloé, archipiélago mágico", tomo II.
11. "Historia de las poblaciones callampas".
12. "Así trabajo yo", tomo IV.
13. "Pintura social en Chile".
14. "Historia de la aviación chilena".
15. "Los terremotos chilenos", tomo I.
16. "Los terremotos chilenos", tomo II.
17. "Geografía humana de Chile".
18. "Así trabajo yo", tomo V.